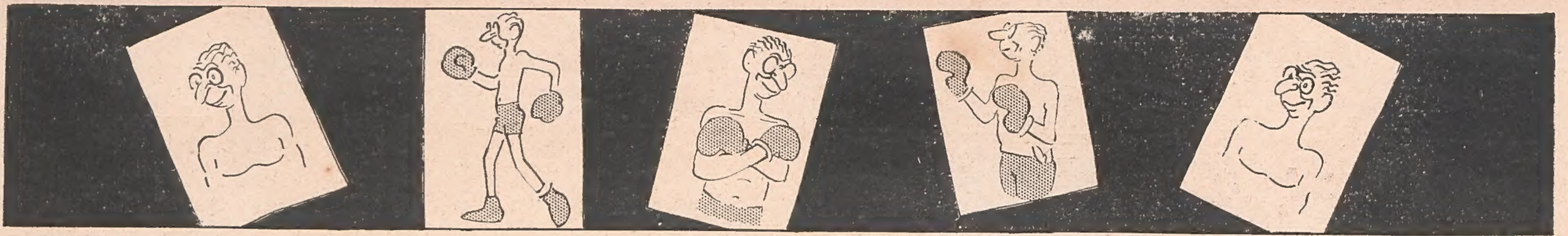
Mundo Argentino



"ROSAS BLANCAS", POR JUSTO BALZA



PAPAMOVSKY IRÁ A LAS OLIMPIADAS

POR LANTERI

Respetable público. Se van a iniciar las finales del campeonato argentino de selección en la categoría de peso pesado. Hay doce aficionados inscriptos. El vencedor tendrá el honor de ir a París, a representar a nuestro país en las Olimpíadas.

¡Es tres veces más grande que Firpo!

¿Y los brazos? ¡No te digo nada!

¡Qué dorsales, viejo; qué dorsales!

Tengo el gusto de presentar al respetable público, a "Kid" Papamovsky, campeón de Quemú-Quemú, que desafía a todos los pesos pesados de la Argentina. Quiere disputar con el que raye el honor de ir a París de Francia.

Yo no agarro. Quiero vivir algunos años más.

Prefiero quedarme en Bueno Saria.

¡Esa espalda parece un frontón!

Respetable público. Los boxeadores que triunfaron en las pruebas de selección se niegan a medirse con el desafiante "Kid" Papamovsky; quede, por lo tanto, declarado vencedor sin haber peleado.

¡Así es campeón cualquier gato!

Sírvase desvestirse. Vamos a pesarlo para los datos que exige la Federación Argentina de Box.

Esto no es un boxeador, ¡es una ropería!

Todavía falta.

Voy a tener que poner nuevas pesas, ya ha rebajado 30 kilos por lo menos.

Ya estoy listo.

¡Basta, basta! ¡me va a llenar de ropa el gimnasio!

¿Qué les parezco?

¡Sólo pesa 49 kilos!...

¡Es una sardina! Haberlo sabido...

"Kid" Papamovsky es proclamado campeón argentino de peso pesado, por no querer pelear sus adversarios, e irá a París a defender los colores argentinos.

Se hace lo que se puede.

¡Cuarenta y nueve kilos! ¡Quién lo diría!

Lo van a matar en París.

¡Qué papelón!

Lanteri

EDITORIAL HAYNES LIMITADA S.A. — EMPRESA

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIÉRCOLES
LA PUBLICACIÓN QUE MÁS CIRCULA EN LA AMÉRICA DEL SUR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
252 - CALLE RIO DE JANEIRO - 262
U. T. 62, MITRE, 8704 Y 9560 DIRECCIÓN TELEGR.: "SENYAH"
OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUSCRIPCIONES
AVENIDA DE MAYO, 749 - 5º Piso
U. TELEF., 33, AVENIDA, 1472 BUENOS AIRES

AÑO XIV — BUENOS AIRES, JUNIO 4 DE 1924 — NÚM. 698

Notas de la semana

El congreso de los trabajadores, realizado por la Liga Patriótica Argentina, no fué tal, desde que no concurrió a él ningún trabajador

La Liga Patriótica Argentina, cuyas finalidades no están definidas o no es tan fácil penetrarlas, ha tenido recientemente una iniciativa que podríamos tildar de humorada. Ha organizado un Congreso de trabajadores en el que han figurado una infinidad de comisiones técnicas, cada una de las cuales debe tratar los asuntos que le conciernen con verdadera imparcialidad y espíritu científico, a fin de extender y arraigar en el pueblo de la República el concepto nacionalista y el progreso cultural y económico.

Ahora bien: el espíritu de este Congreso será todo lo patriótico y todo lo moral que se quiera, pero, francamente, lo hallamos paradójico. ¿Cómo ha podido organizarse un Congreso de trabajadores donde no ha figurado uno solo de ellos? Porque debemos advertir — por si alguien lo ignora — que este Congreso ha sido integrado por un gran número de altos oficiales del ejército y funcionarios, abogados, médicos, capitalistas, y en fin, gentes que pueden discutir de todo menos de la situación de la clase trabajadora.

Cualquiera que haya sido el resultado de este Congreso, no creemos en su eficacia para en lo porvenir, porque en él faltó su principal colaborador: los trabajadores.

En Santa Fe se sacrifica la autonomía de la instrucción primaria entregándola a los vaivenes de la política de campanario

El nuevo ministro de instrucción pública de la provincia de Santa Fe se ha estrenado con una medida que levanta en todo el país unánimes protestas; consiste en establecer, aun en los asuntos de exclusiva competencia técnica, la superintendencia del ministerio. En otros términos: el Consejo de Educación primaria pasa a ocupar un segundo plano, quedando relegado al papel de una simple oficina burocrática que recibe órdenes del ministro, órdenes, huelga decirlo, que no puede discutir, que debe ejecutar dócilmente.

Se trata de una medida francamente regresiva. No cuenta en su abono con un solo hecho, con un solo argumento sólido. Significa entregar los asuntos de la instrucción primaria a los vaivenes de la política de campanario, sin ninguna fiscalización técnica. Todo dependerá de un ministro y de un gobernador que, por excepción, entenderán la materia.

Esta amputación de las facultades del Consejo de Educación atenta contra la letra y el espíritu de las leyes respectivas y, si no se las quiere violar, tendrá que quedar sin efecto.

Yerba paraguaya a cambio de vinos argentinos. — ¿Por qué no establecer esta reciprocidad para todos los productos de este continente?

Se está tramitando un acuerdo en virtud del cual nuestros vecinos paraguayos estarían dispuestos a rebajar en un tercio el impuesto que pesa sobre los vinos argentinos, que cuentan con general aceptación, a cambio de una rebaja equivalente a la yerba paraguaya, de manera que la tarifa aduanera la coloque en un pie de igualdad con la yerba brasileña.

Muchas son las probabilidades de prosperidad para este convenio. Las ventajas que ofrece recíprocamente encierran una garantía de éxito. Es de desear que así ocurra no sólo porque se beneficiarían los productores paraguayos y argentinos, sino por otra razón, de índole más general y que hemos señalado en numerosas ocasiones, a saber: porque llevan poco a poco a la convicción que las aduanas no deben existir en los países hispanoamericanos para los artículos de este continente, en virtud de la diversidad de producción y de la solidaridad de intereses que los vincula y debe vincularlos siempre mayormente.

En Mendoza los industriales y comerciantes amenazan con el cierre de sus establecimientos si no se retiran las letras de tesorería.

Los industriales y comerciantes mendocinos han tomado una enérgica resolución en una asamblea realizada últimamente. En síntesis, establece esa resolución que si después de agotar las gestiones ante los poderes públicos provinciales y nacionales las letras de tesorería que circulan en aquel Estado no fuesen retiradas, clausurarían sus establecimientos en señal de suprema protesta. Como medida de inmediata ejecución resolvieron pagar a sus empleados en moneda nacional y no aceptar en las ventas que realicen otra moneda que esta última.

La circulación de las letras de tesorería acarrea al comercio, a la industria y al trabajo de las provincias donde se perpetúan, innumerables perjuicios, por la depreciación continua de esa moneda en comparación con la moneda nacional. Aparte de esta consideración es de tenerse en cuenta que las letras de tesorería no están autorizadas por la Constitución argentina, que sólo reconoce una moneda: la moneda nacional. Como que la existencia de monedas provinciales son un resabio de otra época, pues la unidad del país se asienta en su unidad económica y monetaria.

El gobierno haría muy bien en jubilar a aquellos empleados que están en edad o condiciones de retiro

Se inició, hace algunos meses, una racha de benéfica renovación en las reparticiones públicas. El gobierno había resuelto jubilar a todos sus servidores que se encontrasen en edad o en condiciones de retiro.

Eso, que parecía una determinación bien dispuesta, no pasó de ser una simple intentona. El público nuestro, formado de una abrumadora mayoría de empleados, se aprestaba a presenciar algo así como una revolución dentro de las reparticiones públicas. Jubilándose un gran número de empleados se produciría un número igual de vacantes, con los ascensos consiguientes. Pero las cosas no pasaron como se esperaban. El gobierno apenas si jubiló a unos pocos altos empleados "jubilables". El resto de los que se encuentran en situación de gozar de un descanso y de un sueldo logrados después de tantos años de servicios, hacen oídos sordos a las indicaciones que, directa o indirectamente se les hacen.

Es, en verdad, el colmo de la burocracia, que un empleado no quiera jubilarse. Pero si tenemos en cuenta lo poco que se trabaja en la mayor parte de los empleos públicos, comprenderemos que en ninguna parte se está mejor que en la oficina.

¿Se terminarán ahora las interferencias radiotelefónicas?

Si fuera verdad tanta belleza, como la ofrecida a los aficionados de la radiotelefonía, por el nuevo decreto recientemente firmado por el presidente de la República, reglamentando el uso de las estaciones transmisoras, dentro de muy pocos días podremos escuchar plácidamente las audiciones de los "broadcasters" de nuestra preferencia.

Hasta ahora el éter era, en la Argentina, como un campo de diversión por el cual se lanzaban locamente, todas las noches, aquellos felices poseedores de un aparato transmisor; mientras los que sólo poseen un humilde receptor, se veían obligados a la desesperación que siempre trae consigo toda interferencia.

La prisión del Conde de Montecristo

El castillo de If. Prisioneros reales y prisioneros de la fantasía

TODO viajero que llega a Marsella, por poco sentimental y romántico que sea hace una pequeña excursión, de tres kilómetros por mar para visitar el famoso islote de If y el no menos famoso castillo que lleva su nombre, edificado por Francisco I y que durante algún tiempo sirvió de prisión de Estado.

El castillo de If nos trae a la memoria la interesante novela de Alejandro Dumas, "El conde de Monte Cristo", en cuyas primeras páginas hace una maravillosa descripción del castillo prisión y nos da una perfecta idea de aquella lúgubre fortaleza en los días en que Napoleón I languidecía en la isla de Elba.

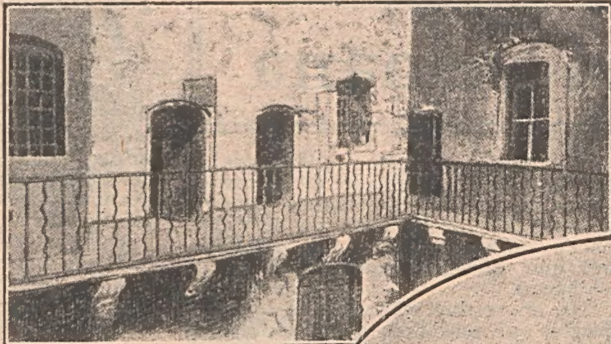
En cuanto a su aspecto exterior, poco o nada ha cambiado. El pequeño islote, situado a la entrada del puerto, recibe constantemente la visita de múltiples curiosos, que recorren las sombrías galerías y las lóbregas mazmorras preguntando al guardián cicerone por los cuartos de los prisioneros célebres que entre sus muros han padecido.

La historia, como la novela, nos dice que allí estuvieron encerrados el famoso marqués de la Valette, el insigne Mirabeau, la Máscara de Hierro y otro sin fin de nombres que figuran en las páginas de la historia de Francia.

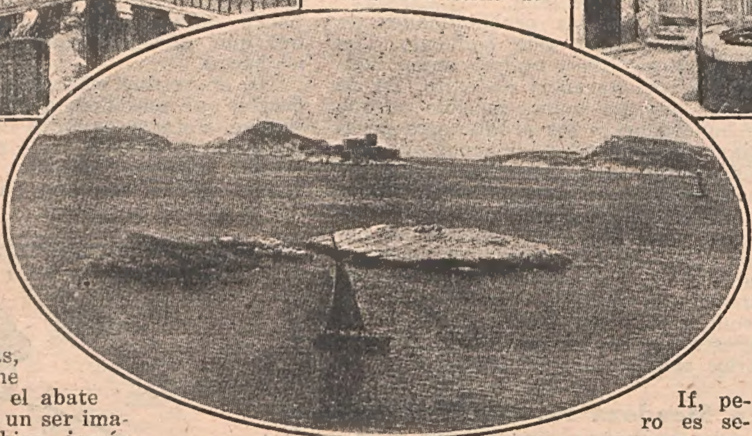
Al recorrer los pasillos, el guía dice al visitante que Mirabeau se casó, en 1772, con la rica y noble heredera Emilia de Marignane, cuya fortuna dilapidó en poco tiempo, por lo cual su padre le hizo condenar por la justicia que viviese desterrado en la aldehuela de Manorque.

Allí escribió su "Ensayo sobre el despotismo". En su destierro supo que una de sus hermanas había sido ultrajada, y sin hacer caso de la prohibición salió de Manorque y fué en busca del ofensor para vengarse; pero apresado algún tiempo después fué encerrado en el castillo de If, de donde salió al poco tiempo para ser encerrado en el de Joux, por haber seducido a la mujer del cantinero.

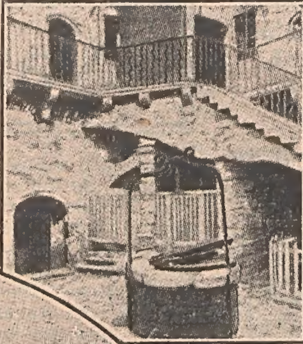
Pero la imaginación vuela luego al recuerdo de Edmundo Dantés y del abate Faria, y al pronunciar esos nombres hay que ver la desfachatez y la tranquilidad con que el cicerone le enseña los calabozos que ambos personajes ocuparon en la tétrica prisión.



Los calabozos del castillo de If, en uno de los cuales, según la leyenda, estuvo prisionero el héroe de la famosa novela de Dumas



En el centro, el islote de If a la izquierda, la isla de Ratonneau, y a la derecha, la isla de Pomègues



Aspecto del patio central del castillo

El visitante puede no creer sus palabras, pero conviene recordar que el abate Faria no fué un ser imaginario, si bien jamás ocupó celda alguna en el castillo en donde Dumas lo encerró.

En la novela "El conde de Monte Cristo", como en la de los "Tres Mosqueteros", Dumas se fundó en hechos reales y tomado personas que habían existido.

Quizás uno de los caracteres más reales de sus novelas sea el abate Faria.

Este famoso personaje vivió en la época en que Alejandro Dumas escribió una parte de sus obras.

Nació Faria en Goa en el año 1756 y comenzó sus estudios en Roma. En 1786 llegó a París vistiendo los hábitos sacerdotales.

En aquella época había alcanzado el máximum de popularidad el famoso médico Mermer, fundador de la teoría del magnetismo animal, y Faria, que lo conoció, se hizo su amigo, y llegó a ser un magnetizador de gran fama, logrando obtener una plaza de profesor en el Liceo o Instituto de Marsella.

Es muy probable que visitase algunas veces el castillo de If, pero es seguro que jamás estuvo encerrado en sus mazmorras.

Era el abate Faria un hipnotizador de primer orden en aquella época, y así lo pinta Dumas con toda la fuerza de su sugestión, adivinación y profecía, cuando le hace decir a Dantés: "¡Sobre todo no os olvidéis de Monte Cristo, no olvidéis el tesoro!"

El relato que Dumas hace del castillo de If es verdaderamente maravilloso.

El prisionero, dice, seguía a su conductor, el cual le llevó a una mazmorra subterránea cuyas paredes desnudas y húmedas estaban impregnadas de lágrimas.

La combinación de lo novelesco y lo histórico es el fundamento que ha sabido aprovechar Dumas para su novela, en cuya disposición ha sido maravilloso maestro.

La mejor guía que se puede tener para visitar el castillo de la isla de If son los capítulos XIV, XV, XVIII y XX de su novela "El conde de Monte Cristo".

Aunque la acción y desarrollo de la obra es en su inmensa parte imaginaria y su escenario más o menos artificial, la descripción es tan real y verdadera que el castillo de If puede considerarse como monumento literario a la par que como monumento histórico.

"Dando la vuelta al castillo de If, el bote del práctico se acercó al buque de Dantés, el "Faraón", entre el cabo Morgión y la isla de Rion. Inmediatamente el fuerte de San Juan se cubrió de curiosos, porque siempre era un acontecimiento en Marsella la llegada de un barco a su puerto."

Cuando Dantés es llevado a la prisión, dice:

"Avanzo hacia un bote amarrado al muelle por una cadena."

Como hoy se hace la visita al castillo por el mismo camino y en la misma forma, se da uno perfecta cuenta del itinerario seguido por Edmundo en aquel triste episodio de su vida.

El bote pasó por La Reserve, la Cabeza de Moro, el Faro, dejando a estribor la isla de Ratonneau, y cuando a Dantés le obligaron a que mirase a su alrededor vió la negra roca, sobre la que se alza el castillo, elevarse entre las obscuras aguas de la noche.

Todas las riberas y orillas marsellesas están llenas de recuerdos de la novela de Dumas.

El cicerone cuenta otra porción de cosas de Dantés, de Faria, de la Vilette, de Mirabeau, verdades y mentiras de mil prisioneros que han gemido en esas lóbregas prisiones.

Cada rincón tiene un recuerdo, una leyenda, uaa historia...

En la vida, todo hombre debe tener un plan o una finalidad





Seguramente que vosotros conocéis la historia de aquel gigante que asolaba comarcas y asesinaba gente; de ese gigante que un día entró en una barbería y dirigiéndose al aprendiz le dijo, con voz tonante: "Aféitame. Pero si me haces el más pequeño rasguño con tu navaja, te desollaré vivo." Y se sentó en la silla, guardando entre las manos una daga enorme. El aprendiz lo afeitó sin que en ningún momento le temblara la mano. Ya afeitado, el feroz gigante le dijo: "Tú eres un muchacho valiente; pero has tenido suerte en no rasguñarme." El aprendiz se encogió de hombros. "Si te hubiera rasguñado, no estarías hablando ahora — le respondió; — te habría cortado la cabeza, pues te tenía a mi merced."

El aprendiz de barbero TENÍA SU PLAN, como también lo tuvo el joven David cuando, provisto de una pequeña honda, atacó a otro gigante llamado Goliat, con cuya espada le cortó la cabeza.

Todo hombre debe tener un plan o una finalidad, si quiere triunfar en la vida.

La aparición

Por Enrique Fernández Matheu — DIBUJO DE BIONDINI



NUNCA se vió un entierro más miserable: cinco o seis personas detrás de un furgón, y dentro del furgón un ataúd de pino, en el que había el cuerpo, largo y rígido, del amigo que se fué para siempre... ¡Pobre Juan Esteban!... En fin, todos hemos de pasar por lo mismo... Pero es la verdad que sufrió mucho. Yo no sé de nadie que haya padecido tanto como él. No había cumplido aún los quince años, cuando una mañana, allá, en un hórrido pueblecillo de La Rioja, resolvió salir a correr mundo, como los personajes de las historias infantiles. Después de mucho andar, unas veces a lomo de mula, otras en carreta y otras en tren, llegó a Buenos Aires. Aquí hizo de todo: fué empleado de tienda, vendió baratijas por las calles, intentó, con mala fortuna, dos o tres oficios. Por las noches juntábase con unos amigos que encontró, así, al acaso, soñadores como él, y como él deseosos de triunfar en la ciudad indiferente y magnífica. Hablaban de literatura, y solían acudir a las bibliotecas populares. Poco a poco, Juan Esteban fué adquiriendo una regular cultura literaria. Escribió versos. Envió algunos a una revista y se los publicaron. Luego — ya trabajaba entonces como escribiente en el estudio de un abogado sin clientela, — se vinculó a cierto cenáculo de intelectuales, en el que se hablaba incendios de los valores consagrados y se brindaba larga y copiosamente por la madre Anarquía. Por último, consiguió ubicarse en la redacción de un periódico vespertino, en el mismo en que yo desempeñaba modestísimas funciones de cronista social. Juan Esteban era alto y delgado; sus labios eran finos; sus ojos, melancólicos y profundos. Tenía un gran don de simpatía; así que no tardamos en hacernos amigos.

Durante cerca de dos años fuimos inseparables, bien que en ningún momento llegásemos a intimar, pues era de suyo reservado y silencioso, complaciéndose en rodear su vida de cierto misterio. Después desapareció de improviso; se marchó de la redacción sin dejarse siquiera una carta de despedida, o las señas de su domicilio.

Ayer supe que había muerto. Quise cumplir con el penoso deber de acompañarlo hasta su último refugio. Fué un entierro miserable y conmovedor. Ya lo he dicho: cinco personas. Cuando abandonamos el cementerio, una de ellas me contó la amarga, la trágica historia de mi amigo. Hela aquí. Vosotros me diréis si no es la de un hombre que amó mucho y que padeció mucho.

Juan Esteban, el alma de esta narración conmovedora, es un romántico; uno de esos hombres en quienes la caricia del primer amor deja huellas perdurables. Leal a sus sentimientos y respetuoso a los designios de la suerte, pretende, inútilmente, poner el silencio y la distancia entre su corazón y el de su bienamada. Pero el Destino — burlador despiadado — no le depara aquel olvido ni aquella resignación que reclama su espíritu. Y la novia accidental, por la que llega al suicidio (que fracasa, trastornando sus facultades), constituye de entonces su inquietante obsesión: la blanca visión de todos sus momentos, hasta la hora de su muerte, anónima e indiferente.

I

AQUELLA tarde, casi al anochecer, Juan Esteban abandonó la redacción, encaminándose hacia la calle Florida. Había quedado citado, con un comprovinciano suyo, para reunirse en una casa de te. Una vez en ella encontróse con que su amigo no estaba solo. Habíase sentado a la mesa en compañía de un señor grueso, de rostro redondo, y de una señorita (seguramente hija del señor), y en cuya cara resplandecían los ojos más negros y más expresivos que pudiera concebirse.

Al verlo entrar, el comprovinciano de Juan Esteban, candidato a la futura gobernación de La Rioja, lo llamó a su mesa, se puso de pie e hizo las presentaciones de práctica.

— Aquí tienen ustedes — dijo — a Juan Esteban Lucero, poeta y periodista.

— Juan Esteban: esta señorita es mi novia; se llama Eloísa de la Torre, y este señor es mi futuro suegro.

Juan Esteban ocupó una silla al lado de Eloísa; y mientras el señor de la Torre y el futuro gobernador (a quien designaremos con el nombre de Atanasio Quiroga), se internaba en una larga conversación de política militante, los dos jóvenes se pusieron a enhebrar el clásico hilo.

— ¿Conque es usted el poeta? — dijo la niña. — Yo he leído muchos versos suyos. Hasta me sé algunos de memoria.

— Es usted muy bondadosa, señorita.

Cuando el señor de la Torre creyó llegado el instante de abandonar el local, Juan Esteban le pidió permiso para acompañarlos hasta su domicilio. En el trayecto — y en tanto que los dos señores continuaban "sacándole punta" a la política nacional, — Juan Esteban y Eloísa seguían vagando y divagando alrededor de la poesía y del arte.

Cuando se separaron, Juan Esteban y su comprovinciano Quiroga tornaron al centro. Se instalaron en un restaurant, y, entre plato y plato, Quiroga le comunicó el secreto de sus amores.

— Sí, amigo Juan Esteban: esta chica es un encanto. Su padre tiene varios millones de pesos, y yo los necesito para seguir medrando en política. Reconozco que soy un poco viejo para la muchacha, y que a lo mejor ella no me quiere. Pero el cariño vendrá después. Por lo pronto el padre le ha hecho consentir en nuestro casamiento, y eso es lo importante.

Esa noche y al día siguiente, Juan Esteban no apartó su pensamiento de la dulce Eloísa. La compadecía con toda el alma; la veía, sumisa a la voluntad paternal, casándose con ese vejete de Quiroga, incapaz de comprenderla, incapaz de saber despertar en ella un sentimiento de ternura...



...CONVIRTIÉNDOSE A POCO EN LA IMAGEN DE ELOÍSA, CON SU TRAJE DE NOVIA, SU VELO Y SU RAMO DE FLORES...

Y esa noche también, y al día siguiente, Eloísa se lo pasó recordando la figura pálida y los versos armoniosos de Juan Esteban. Era el amor que se había adueñado de sus corazones.

II

Y he dicho al día siguiente porque fué en ése que volvieron a encontrarse en la casa de te. Quiroga y de la Torre, embarcados en su eterno tema de la política, no observaban que entre Eloísa y Juan Esteban nacía algo más íntimo, más profundo que la amistad. Volvieron Juan Esteban y Quiroga, como en la tarde anterior, a acompañarlos hasta su domicilio. Y de regreso:

— Me eres muy útil, Juan Esteban — le dijo Quiroga; — tu presencia me evita el fastidio de atender a mi novia, y me permite charlar con el padre de nuestros proyectos comerciales y políticos.

En entrevistas posteriores, Juan Esteban y Eloísa fueron poco a poco llegando al terreno de las confidencias. Y una tarde:

— Eloísa — le preguntó Juan Esteban: — ¿Es posible que usted se haya enamorado de mi amigo Quiroga?...

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas e insensiblemente se unieron las cuatro manos. Y permanecieron así largo rato, al par que de la Torre y Quiroga continuaban resolviendo los graves problemas de la República.

III

VIVÍAN el señor de la Torre y su hija en una casa próxima a la Recoleta, en una calle llena de árboles. Por las noches no pasaba un alma. Y a las doce, cuando todos dormían, Eloísa se asomaba al balcón, a tiempo que Juan Esteban se aproximaba a él, deslizándose junto a las paredes para no ser visto. Se amaban locamente. Pensaban con horror en el instante, ya cercano, en que Eloísa debía unirse en matrimonio con Quiroga.

— Te adoro — le confesaba él; — y si tú me quieres es necesario que rompas tu compromiso.

— Yo también te adoro, Juan Esteban; y he de morir antes que casarme con otro que no seas tú.

Así las cosas, una mañana, en la redacción, nuestro héroe recibió la visita del señor de la Torre.

— Le prevengo que lo sé todo, amiguito — le manifestó el padre de Eloísa. — Por una feliz casualidad me he enterado de sus entrevistas con mi hija...

— Y bien: si lo sabe todo, debe saber también que nos queremos.

— Usted es un pobre diablo; usted no puede casarse con Eloísa. Ella es la prometida de Quiroga. Conque, se acabaron las escenas románticas del balcón, y mucho cuidado...

Desde ese momento Juan Esteban no pudo comunicarse más con Eloísa. Quiroga le negó el saludo; no iban más a la casa de te; y el pobre muchacho en vano se instalaba bajo el balcón de la calle llena de árboles frondosos y propicios.

Desesperado, tomó el primer tren y se marchó a Córdoba, de donde le habían escrito ofreciéndole un puesto en cierto periódico de oposición.

Y en Córdoba, unos meses más tarde, tuvo noticias de que Quiroga y Eloísa se casarían muy en breve.

Y entonces resolvió regresar a Buenos Aires.

IV

DE la iglesia, atestada de gente, salió la flamante pareja. Detrás de Eloísa y Quiroga, que subieron a un automóvil, marchaba el cortejo, Juan Esteban, perdido entre la multitud de curiosos, apretaba nerviosamente su revólver.

Cuando el atrio quedó desierto, Juan Esteban se puso a caminar por las calles como un loco, sin rumbo fijo. Llegó a Palermo; se internó en un bosquecillo. Por entre las ramas de los árboles asomaba la luna, y advertíanse las estrellas lejanas y dulces.

Juan Esteban se puso de hinojos. Sacó su revólver, y al propio tiempo en que un vagabundo asomaba, por entre dos troncos, su faz barbuda y sus ojillos vivaces, Juan Esteban se descerrajó un tiro en la sien.

El vagabundo, temeroso de ser considerado como autor de un homicidio, huyó a todo correr. Y, sólo a la mañana siguiente, Juan Esteban fué recogido y llevado a un hospital.

Vivía aún. La bala, por un capricho de la suerte, había resbalado por entre el cráneo y el cerebro, de donde fué extraída. Pero, sea por efecto del plomo o por la enorme conmoción nerviosa que el muchacho había padecido, lo cierto es que perdió la memoria.

Al abandonar el hospital no tenía la menor idea de su existencia anterior. Pero, a la caída de la tarde, o cuando ya la noche prendía sus estrellas, sus ojos creían percibir clara y radiante, una figura de mujer vestida de novia.

Juan Esteban, sin capacidad para emprender trabajo alguno, perdida la memoria y la inteligencia, anduvo de un lado para otro. A la hora en que la vaga claridad del crepúsculo insinuaba la proximidad de la noche, encaminábase hacia el bosquecillo de Palermo, cerca del río, donde le parecía ver deslizarse por entre los árboles el cuerpo de Eloísa, ataviada de novia.

Una mañana lo encontraron muerto, tendido sobre la hierba.

Vosotros ya sabéis lo demás: el entierro; después, el olvido...

La moda elegante al alcance de nuestras lectoras

PRÁCTICAS DEL HOGAR.—El sentido de conservación a que nos referíamos en el número anterior, y que recomendábamos a las lectoras, debe observarse con ciertas naturales limitaciones que queremos hacer notar, a fin de dar a aquéllas el concepto exacto de la práctica económica que conviene a la mujer moderna.

Es cierto que nada hay que no sea susceptible de aprovechamiento; y sobre esto dimos ya claras y precisas ideas; pero debe también tenerse en cuenta que lo inservible no debe tratar de guardarse; un almacén de ropas viejas, que no sirven absolutamente para nada no dicen ni del ingenio de su dueña, ni de su caridad.

Después de quitados los adornos, botones, o cosas que se conceptúen puedan servir de algo, esas ropas viejas, si no son de géneros finos o de fantasía, que puedan tener alguna aplicación, conviene desprenderse de ellas. Todo es preferible a que se conviertan en nidos de polilla.

De igual manera, deben deshacerse las formas de los sombreros viejos, despojándolos de las plumas, cintas, flores y broches, y demás adornos que los guarnecen.

La conservación de los trajes de verano es fácil, pues basta limpiarlos y colocarlos en los armarios, al abrigo del polvo.

Los de invierno ofrecen mayores dificultades y reparos, y exigen mayores cuidados, porque con el calor se desarrollan en las telas de lana, pieles, etc., insectos como la polilla, que destruye las telas y hace caer el pelo, u hongos que los manchan y descoloran.



PARA LA MAMÁ DE BEBITA. — El crecimiento de los niños es una natural preocupación de las mamás; los vestiditos quedan cortos, apenas usados, y habría que desecharlos de inmediato, si las mamás ingeniosas y celosas de una buena economía, no supiesen aprovechar el recurso de las hábiles transformaciones.

Todo vestido de niño es susceptible de una transformación que evita adquirir uno nuevo, cuando aquél está todavía en magníficas condiciones de uso. Pero mejor lo serán determinados modelos que se prestan más que otros para ser transformados sin mayor trabajo, y sin alterarlos en su línea general.

Éste es el caso de los modelos que presentamos. Elegidos expresamente, pues su forma práctica permite alargarlos y ensancharlos, sin destruir su lindo estilo.

El primero es un vestidito de lana azul, alargado por medio de una pieza de tela clara, colocada en forma de cinturón. Es un vestidito de una sola pieza, que se corta a la altura del talle, y se le monta la banda que forma la falda, bajo las franjas.

El segundo, de lana, lleva también una alta cintura de terciopelo del mismo color u opuesto. Se ha conseguido también ensanchar el vestido cortándolo a cada lado del cuello, por delante y por detrás, y disponiendo dos tiras iguales a la cintura, que se prolongan también hasta la falda. También las mangas pueden ser alargadas mediante unos ribetes o añadidos del mismo terciopelo.

El otro modelo está transformado, aplicándole unas piezas de tela labrada. Se corta, desde luego, el bajo del vestidito, para obtener la banda que orilla la falda, y el ensanche también se consigue por el mismo procedimiento, aplicándole delante y atrás dos bandas verticales que dividen y decoran el vestidito.

POCHITA SE CASA, Y... desea algunas ideas acerca de su ajuar.

"Yo me casaré con un empleado — piensa — y sé bien que no seremos suficientemente ricos como para vestir con lujo. Sin embargo, me dolería mucho faltar tanto a la coquetería, y no me conformaré con vestirme, si no es con buen gusto y con todo lo indispensable a una mujer de tono refinado."



Aplaudimos su discreta manera de pensar y procuraremos aliviarla de sus preocupaciones, proporcionándole algunas ideas prácticas que contribuirán a resolverle el problema entablado en su ánimo por los sentimientos de la economía y la coquetería propia de una mujer joven y hermosa.

Como telas de buen resultado para la ropa interior, el nansouk, el linón de hilo, el "voile" de algodón y el crespón le ofrecerán prácticos recursos. De los colores, el blanco es el más higiénico, y siempre está bien, sobre todo para la ropa de abajo; para las combinaciones, camisones, puede permitirse la fantasía de colores pálidos, como el rosa, azul, etc.

Debe hacer camisas de nansouk blanco, estilo Imperio, adornándolas con tul de hilo o entredós, en el cuello y los hombros.

Los calzones deben ser de género igual. Se recomiendan cerrados, como más higiénicos, y sujetos por botones al costado. Se pueden hacer montados al cubrecorsé. Esta combinación es linda y fácil de llevar.

Como encajes, el Irlanda y el "filet" fino es preferible a las imitaciones de "valenciennes". Si se prefiere adornar con bordados y festones, haciéndolos ella misma, se habrá ganado no poco en el costo y en la solidez de la ropa.

Para las camisas de moda, debe elegirse entre el linón, el crespón de hilo y la franela, para el invierno. Serán largas, envolventes y confeccionadas sin inútiles y frívolos adornos.

Para la mañana deben tenerse dos o tres peinadores estilo "kimono", adornados de pliegues, calados o volantes. Deben ser de batista o crespón de hilo blanco o de colores suaves, y servirán así, igualmente, para permanecer en cama, en caso de enfermedad.

Todo esto en lo que se refiere a la ropa que está en contacto con el cuerpo.

En otro número hablaremos a Pochita de otras prendas de su futuro ajuar.

EL INTERÉS DE LAS PEQUEÑAS COSAS parece paradoja, y no lo es. En la confección de labores y prendas femeninas hay una porción de cosas insignificantes que tienen, sin embargo, importancia real. Una borlita de lana o de seda, por ejemplo, es un complemento interesante en vestidos, sombreros, labores de casa y de adorno. La manera práctica de hacer una borla, que, no obstante su simplicidad, muchas ignoran, tiene un evidente interés con el que especula la industria, que sabe cobrar caro lo que es en toda ocasión facilísimo hacer en casa, y con gasto insignificante.

Véase el procedimiento elemental para hacer una borla: Córtese primero una tira de cartón fuerte, de un ancho igual al largo que se quiera dar a la borla. Sobre este cartón se enrolla el hilo de seda o lana, contando el número de vueltas para que todas las borlas que se necesitan sean de volumen igual, (fig. A). Después, con una aguja, enhebrada en el mismo hilo doble, se forma un lazo que pasará bajo las vueltas de hilo del cartón y fijará la cabeza de la borla (figs. B y C). Esta misma aguja, con su hebra doble, fijará la borla al lugar del fleco u orla a que esté destinada, después que el hilo del cartón haya sido cortado en su base, y previamente preparada con una especie de cintura en la parte superior (fig. D). Para esto basta haberle cerrado con una hebra del mismo hilo de lana o de seda la parte proporcionada del extremo superior. Se le da dos o tres vueltas, cuidando que el hilo de cada una de éstas no monte sobre la anterior, y la puntada de la hebra se oculta en la cabeza de la borla.

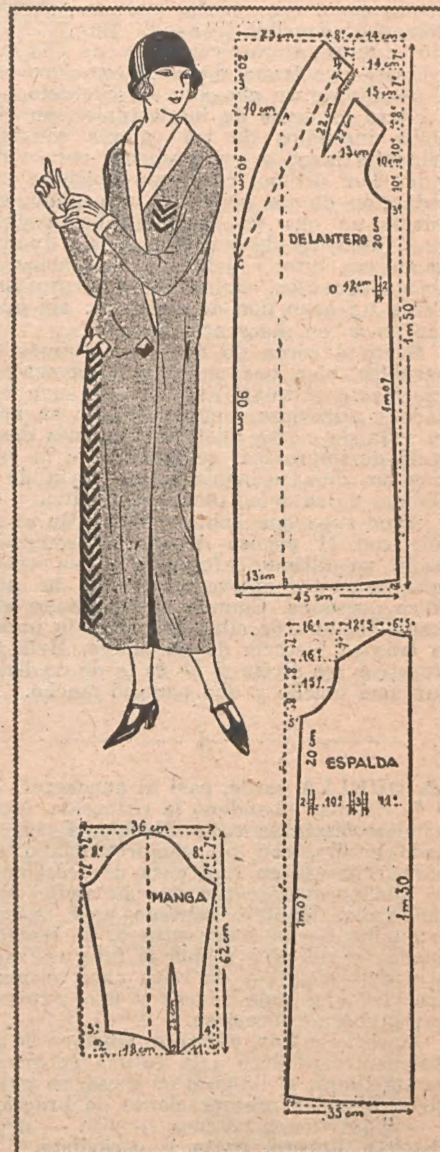


LOS MODELOS PRÁCTICOS.—Sabemos de más de una lectora de MUNDO ARGENTINO, a quienes interesa conocer algún modelo de "robe-manteau" práctico que pueda responder a sus anhelos de vestir bien, pero económicamente que sienten ella y sus amigas.

Vamos a complacerlas con un modelo elegido expresamente, y que satisface de lleno sus deseos, pues se trata, como verán, de un vestido sencillo, de esbelta línea, del aspecto de un correcto *tailleur*, que es al mismo tiempo práctico, que se viste con facilidad y es resistente a la fatiga del uso diario, sin adornos costosos, y que no requiere cuidados delicados.

Todas estas cualidades las hallarán en el modelo que ofrecemos, siempre que se encare su realización en las condiciones que pasamos a exponer: No se debe, en primer término, escatimar en la calidad de la tela, que es la que debe asegurar al vestido su apariencia y su duración. Lo recomendamos especialmente porque es sabido que muchas veces duele pagar un elevado precio por una telas que de aspecto nada se diferencian de otras por demás ordinarias.

La hechura, por lo demás, es muy sencilla, como puede comprenderse por



los croquis que acompañan estas líneas por las cuales será fácil cortar el molde; las proporciones que damos son para un talle 44. Unos pequeños pliegues solamente marcados en un punto a los costados de la espalda y del delantero, apoyarán el vestido en las caderas. La única particularidad digna de referencia aparte, es el cuello chal cortado en el mismo delantero, y cuya rectificación en la prueba puede no ser fácil para una operaria novicia. Si no resulta, se tiene siempre el recurso de embutirlo, ya sea la parte de atrás solamente, o ya el cuello entero. Encima de este cuello chal se coloca el cuello blanco postizo, a voluntad, bien entendido, pero que, con los manguitos iguales, dan un aspecto interesante al conjunto. Para este vestido abrigo, de tan fácil confección, como de resultados prácticos por lo sencillo y elegante, se recomiendan el "reps" o el "marocain" de lana, el primero más caro que el segundo, pero también más sólido y más duradero.

EL LUJO EN EL VESTIR, EN EL SENTIDO DE LA ELEGANCIA Y DEL BIEN PARECER, NO ES, SI SE REPARA, PRIVILEGIO EXCLUSIVO DE LA GENTE DE FORTUNA; ESTA TAMBIÉN AL ALCANCE DE LAS MUJERES DE TALENTO Y DE BUEN GUSTO, POR MODESTA QUE SEA SU POSICIÓN SOCIAL. CON INGENIO Y MÉTODO, SE SUPLEN DE ORDINARIO, EN LA VIDA CORRIENTE, LA FALTA DE OTROS RECURSOS, Y SE RESUELVEN MUCHOS PROBLEMAS DOMÉSTICOS, ENTRE ELLOS EL DE VESTIR BIEN Y CON ECONOMÍA. LAS LECTORAS DE "MUNDO ARGENTINO" TENDRÁN EN ESTA PÁGINA UNA ALIADA FAVORITA DISPUESTA SIEMPRE A GUIARLAS Y AYUDARLAS EN ESE SIMPÁTICO AFÁN DE TODA MUJER, QUE ALIMENTA LOS ALARDES DE LA HONESTA COQUETERÍA

La luz misteriosa

Por W. V. Cooke

EL paisaje que veo desde mi solitaria casa es confortante, más bien que vasto. De día distingo, como a media milla de distancia, la aldea de Marsholton en cuyo centro se eleva la torre de su iglesia cubierta de hiedra. De noche, veo o, mejor dicho, veía, aquella luz misteriosa encendida junto a una de las ventanas superiores de la granja de la extravagante viuda Mrs. Glint. Dicha luz aparecía precisamente a las nueve y media, y una vez que estuve levantado hasta las dos y media de la madrugada, comprobé que seguía ardiendo. Su puntualidad me despertó tanto la atención que al final resolví observarla.

Aquí debo dar una breve explicación. Después de estar cuatro años en el frente de Francia, volví a mis ocupaciones familiares. Todas las mañanas a las nueve y media me dirijo en automóvil a mi oficina de Sandborough, situada a tres millas de distancia. Regreso a las seis y media, como a las siete, fumo, escribo o leo en mi escritorio hasta las once, y luego me acuesto. Programa monótono dirán muchos, pero metódico digo yo.

Ahora bien: la noche del 5 de octubre de 1919, me hallaba sentado en mi escritorio fumando una pipa y meditando profundamente, con los ojos fijos en la obscuridad que se extendía detrás de los vidrios de la ventana. Mis pensamientos estaban lejos de serme agradables. Ese día había recibido dos cartas que me confundieron e intranquilizaron en cierto modo.

He aquí el contenido de la primera:

"Octubre 4 de 1919.

" Estimado Carvell:

" ¿Necesito presentarme a usted? Piense en los días pasados. Yo soy el hombre que hizo en el frente una apuesta, y que momentos después caía herido de un balazo en la cabeza. Quizá ahora recuerde mi persona, y si no la recuerda es lo mismo, pues mañana espero estar cerca de Sandborough para verlo. Supongo que ello lo sorprenderá. Usted me creyó muerto, pero sepa que aunque mi cabeza recibió una o dos onzas de plomo, estoy vivo y dispuesto a que se cumpla la apuesta. Conque hasta la vista, compañero.—Suyo, *Juan Starkhill.*"

Esta carta me había incomodado bastante. Yo no soy ningún vanidoso, pero me chocaba que un individuo al que había tratado, puede decirse, sólo veinte horas, se permitiese la familiaridad que se permitía el tal Juan Starkhill al escribirme de esa manera. Recordé al hombre: era un teniente de grandes mandíbulas, rostro pálido y voz cavernosa. Sí, lo recordaba bien, pero hasta que no leí su firma, había ignorado su nombre. Lo que más me confundía era el hecho de cómo me había encontrado y dado con mi dirección.

Bueno, pasemos ahora a la carta número dos. Ésta, una misiva muy breve, sin fecha ni dirección, y cuya escritura estaba claramente disimulada, decía lo siguiente:

"¿Ha visto usted a ella? Si no la ha visto, mire mañana hacia la ventana a eso de las once de la noche."

Esta extraña esquela tenía por firma la impresión en sangre de un ancho pulgar. Os parecerá extraño, pero la verdad es que esa incoherente misiva, con su firma terrible, me conmovió mucho menos que la primera.

Eran cerca de las once, las once menos cinco. Las dos sirvientas y Fleck, mi "chauffeur", se habían retirado a sus piezas hacía ya media hora, y la casa estaba en completo silencio.

Como he dicho, mis ojos estaban fijos en la obscuridad de afuera, y confieso que me sentía impaciente y casi resentido. ¿Por qué?, preguntaréis. Porque la luz de la casa de Mrs. Glint no había aparecido esa noche. Desde las nueve y media había estado mirando para verla, pero en vano. Tan fija se había hecho esa luz en mi programa nocturno que esa falta me disgustaba.

Apartó la vista de la ventana, y la dirigí a una mesa donde estaban las dos cartas al lado de una botella de "whisky", un sifón, un vaso y un afilado puñalito con el que cortaba las páginas de mis libros. Estaba mirando como fascinado la impresión del pulgar, cuando el reloj dió la hora. Conté las campanadas, y al dar la última, se apoderó de mí la extraña sensación de que no me encontraba solo. "¡A eso de las once!" He aquí la explicación de mi sensación estúpida. Esas palabras habían despertado en mí una tonta expectativa. Sin embargo, la hora señalada había llegado y nada había sucedido. La aparición de Ella era una broma, y en cuanto a Juan Starkhill, no era probable que viniera a la noche. De modo que pensé irme a acostar.

Con esa intención iba a levantarme de mi asiento, cuando, sin pensar, dirigí la mirada hacia la ventana. Contra el vidrio, precisamente debajo del sitio donde debía haberse mostrado la luz de Mrs. Glint, había una cara; no una cara de hombre, sino la de una mujer canosa con una enorme gorra. Sus ojos, grandes, redondos, me miraban fijamente y por un instante me dejaron como clavado en mi silla. Esta era la bromita de la aparición de las once. Bien: ahora me tocaba demostrar al bromista el caso que hacía yo de semejante tontería. Siempre con los ojos fijos en la cara, me levanté para dirigirme hacia ella, pero apenas había dado un paso cuando el rostro desapareció de mi vista. Entonces corrí hacia la ventana. Una obscuridad impenetrable fué todo lo que vi. Púseme a escuchar; nada oí, mas al rato llegó a mis oídos el ruido de una caída pesada y el de unas ramas que se rompían. Después, siguió un silencio absoluto. Tomando una linterna eléctrica, subí al cuarto de Fleck; éste no estaba allí y su cama se hallaba intacta. ¿Cómo era esto? Yo lo había sentido encerrarse en su pieza y acostarse; pero, al parecer, me había engañado. A toda prisa bajé a la cocina y la encontré desierta; de allí me encaminé a la puerta trasera, y comprobé que ésta estaba cerrada, pero por el lado de afuera. Sin duda, Fleck había salido por allí. Lo que no podía comprender era por qué había salido de la casa y a esa hora. Volví al vestíbulo para tomar el bastón más pesado de la percha, y ¡cuál no sería mi sorpresa al ver cerrada la puerta de mi escritorio que yo había dejado abierta al salir para buscar a Fleck! De puntillas, me acerqué a la puerta, e iba a poner la mano en el pestillo, cuando oí en el interior un ruido como de vasos. Era evidente que alguien se estaba tomando mi "whisky". ¿No sería la dama que me había mirado por la ventana? Quizá al verme salir de la pieza, había entrado para servirse un poco de bebida. La imitaría y la observaría de afuera como ella lo había hecho antes.



LA MUJER DE LA GORRA ESTABA ATISBANDO DE NUEVO POR LA VENTANA

Bajé al jardín y llegué a un sitio desde donde se veía muy bien la habitación iluminada. Al arrojar una mirada al interior de ella, comprobé que no era una mujer la que allí estaba. Un hombre corpulento, moreno, de espaldas a la chimenea, estaba bebiendo un vaso de "whisky". Al contemplarlo, recordé las anchas y feas mandíbulas de Juan Starkhill. Tan asombrado me quedé, que por un momento me olvidé de todo. En ese momento, sentí un golpecito en la espalda; proferí un grito de sorpresa, y al volverme, me encontré frente al pálido rostro de la mujer de la ventana. Sus ojos, como de pescado, estaban fijos en los míos; sus labios entreabiertos mostraban unas encías sin dientes, débiles. Tan repulsiva era la mujer, que retrocedí, espantado. Ella se quedó mirándome un rato, después se volvió, y, señalando la ventana de mi escritorio, dijo:

—Ése es un loco, un asesino. Está loco como yo.

Y, antes de que yo pudiera adivinar su intención, desapareció en la obscuridad.

Ahora bien: con estos acontecimientos, la aparición de aquella vieja, la presencia de Juan Starkhill en mi escritorio y la misteriosa ausencia de Fleck, tenía motivos para inquietarme.

Turbado, me volví de nuevo hacia la ventana. Starkhill andaba ahora por la pieza, examinando o, mejor dicho, tocando las cosas que en ella había. Tuve intención de correr a la habitación y echarme sobre él, pero vacilé. ¿Por qué? Bueno, hablando con franqueza, porque tenía miedo; no creáis que temía a Starkhill, no; temía el misterio de esos otros sucesos que parecían rodearlo.

Mientras me hallaba en esa irresolución, ocurrió algo que me obligó a emprender una acción decisiva. A mis espaldas oí una risa aterradora. Sobrecogido de espanto y sin mirar hacia atrás, huí del jardín y, entrando de nuevo en la casa, penetré en mi escritorio.

—¡Conque al fin ha venido usted! —me dijo Starkhill como si él fuera el dueño de casa y yo la visita. Y avanzó con la mano derecha extendida, pero yo simulé no ver su movimiento y me quedé donde estaba, observándolo.

Era un hombre algo más alto que yo, de espaldas anchas, rostro pálido y ojos diabólicos.

—Ya creía que no vendría —continúo diciendo mi visitante.—Como usted ve, estoy como en mi casa.

—Ya lo veo —le contesté, lanzando una mirada significativa a la botella de "whisky" medio vacía. Y ya iba a ponerle el corcho, cuando él me detuvo con estas palabras:

—Un momento, compañero: por nuestra vieja amistad, voy a servirme otro vaso.

No le contesté y contemplé cómo llenaba otro vaso.

—¿Recibió mi carta? —me preguntó al cabo de un rato.

Dirigí los ojos a la mesa donde había dejado las cartas al ir en busca de Fleck; éstas no estaban ya allí. La cosa me inquietó, y cuando levanté la vista, me encontré con la mirada feroz de Starkhill.

Desde ese instante me preparé para lo peor.

—¿Cómo dió con mi dirección? —le interrogué.

—¡Oh! —respondió riendo, —la conseguí por un hombre que lo conoce a usted mucho.

—¿Puedo saber su nombre?

—Eso es por el momento un secreto; luego lo sabrá.

Advertí entonces que el puñalito había desaparecido también. Tocando el libro sobre el que lo había dejado, miré a Starkhill como preguntándole dónde estaba el arma.

—¡Ah, qué estúpido! Desde que me perforaron el cráneo me he convertido en un cleptómano —dijo, sacando de un bolsillo el puñal y probando su punta en la palma de la mano.— Yo mataría a un hombre con este cuchillito y no con esto.— Al decir así extrajo de otro bolsillo una enorme pistola "Colt". — Ahora tomaré asiento.

Dejóse caer en mi cómodo sillón, se sirvió un cigarrillo y, despuntándolo con los dientes, lo encendió.

—¿Cómo está Fleck? — me preguntó pasado un rato.

—¡Fleck! — exclamé, asombrado. — ¿Lo conoce usted?

—¡Oh!, mucho. Fué compañero mío en el frente, y desde entonces he tenido relación con él. ¿Dónde está ahora?

—Eso debería preguntárselo a usted —respondí ásperamente.

—¿A mí? ¡Oh!, yo contestaría que estaría en la cocina o acostado. ¡Mire! —añadió, señalando la ventana.

Obedecí, y me quedé mudo de sorpresa. La mujer de la gorra estaba atisbando de nuevo por la ventana.

—¿Quién es esa mujer? — pregunté.

—¡Cómo!, ¿no la conoce? Es mistress Glint, la dueña de la granja.

—¡Mrs. Glint — repetí. — ¿Usted la conoce entonces?

—¡Cómo no va a conocer un hombre a su madre!

Lo miré, lleno de asombro.

—¿Y para qué viene a esa ventana? —pregunté al fin.

—Pongamos las cosas en su orden —replicó el hombre con diabólica sonrisa. — En primer lugar, hablemos de

(Continúa en la pág. 22)

Crónica de una mala noche de hotel

Por Carlos C. Sanguinetti

DIBUJO DE GEO A. STOCK

¿QUIÉN NO SE HA VISTO OBLIGADO, ALGUNA VEZ, A ALOJARSE EN UNA CASA DE PENSIÓN? HABERLO HECHO Y SENTIR LA NECESIDAD DE LEER ESTA CRÓNICA, ES TODO UNO. EN ELLA SU AUTOR NARRA LAS INCIDENCIAS "NATURALES" DE UNA NOCHE PASADA EN UNA CASA DE PENSIÓN. ES UN RELATO IRÓNICO, HUMORÍSTICO, QUE ATRAE LA ATENCIÓN DEL LECTOR

A las diez y nueve llegamos a la casa de pensión después de un viaje de siete horas en tren, sin haber visto otro paisaje que una llanura interminable, de una monotonía mortal.

La dueña, una señora cincuentona, nos quita solícitamente las valijas de la mano y nos introduce en una habitación, bajo una tempestad de sonrisas.

— Aquí van a estar como en su casa, señores. Miren qué linda pieza: grande, aireada, comodísima.

— Parece que sobra una cama — hago notar.

— Sí... Es que hay otro señor...

— Ah, ¿duerme otro más aquí? Nosotros habíamos pedido una pieza para dos.

— Así es... Sí, señor. Pero llegó esta mañana y no tenía dónde ubicarlo. Es una excelente persona. Igual que ustedes, igualito...

Y la tempestad de sonrisas arreció. Nos miramos mi compañero y yo, como si los dos tuviésemos idéntico presentimiento. La dueña desapareció.

En componer nuestras personas y ordenar las ropas de las valijas, llegó la hora de cenar. Íbamos a pasar al comedor, cuando penetró en nuestro cuarto un joven de unos veinticinco años, alto, delgado, nervioso, con un ojo azul y otro velado por una nube. Sus primeras palabras nos revelaron un sujeto vulgar, de escasa cultura, de esos hombres vulgares a quienes nada separa del montón.

Ya en el comedor, se sienta en nuestra mesa y se declara un sibarita, mas devora un fiambre que nada tiene de exquisito. Contestamos con monosílabos su aluvión de preguntas. El sujeto nos empieza a cargar. Hemos tenido la desgracia de caerle en gracia, y nos aprestamos a defendernos contra sus avances verbales. Prescindiendo de él, hablamos con nuestro amigo de cosas particulares. Mi compañero es un poeta andaluz que gusta de los placeres de la conversación, y es capaz de hacer reír a un difunto. Pero, ahora, apenas habla; está grave y come con excelente apetito. En un descuido, ha arrojado un puñadito de sal en la copa del compañero de mesa. En la sonrisa de sus ojos escondidos tras los lentes ahumados, adivino su intención: ha querido aplicarle una inyección de gracia al joven que nos atosiga a preguntas.

El comedor se va poblando, los diálogos suben de tono según baja el contenido de las botellas, y saltan aquí y allá condimentados de risas y gritos. En un ángulo, cenan un capitán de bomberos jubilado y su hija, una muchacha romántica y descreída que cambia bromas con un mozo de una mesa lejana, ignorado discípulo de Muñoz Seca. Dos chicas bonitas y bien vestidas ocupan una mesa apartada y comen en silencio, midiendo sus gestos, mirando a los demás de soslayo, como si temieran de un momento a otro ser blanco de los efectos alcohólicos de algún comensal galante. Más cerca, cinco telegrafistas charlan lánguidamente y su conversación se interrumpe a ratos, como las comunicaciones telegráficas. Del otro lado, tres empleados de banco discurren acerca de las últimas promociones, dicen pestes del gerente de la agencia local y reniegan del trabajo. Uno de ellos, contrahecho, de rostro simiesco y boca como buzón, mira codiciosamente a las chicas bonitas y les habla a la distancia. Ellas, que son muchachas de buen gusto, contestan con visible desgana. El bancario o no entiende o es un psicólogo femenino muy torpe, pues insiste con una tenacidad que compromete la tranquilidad de las chicas, quienes con su actitud están proclamando a todos los vientos su profundo fastidio.

A nuestra vera está ubicado un matrimonio con tres hijitos, la gente más pintoresca de la casa. El padre, gordo y bajo, frisa en los cuarenta y cinco años; su aspecto es grotesco, su voz áspera y cavernosa. Es un chacarero enriquecido, cuyo origen humilde lo revela su propia estampa. Tiene mucho de personaje de sainete. Ella, también gorda y petiza, parece una fámula evolucionada. Su nacionalidad nos resulta dudosa. Viste carnavalescamente, y charla sin cesar, deseosa de hacer saber a todo el mundo que tiene un chalet en Vicente López, dos criadas, un Ford y ninguna discreción. Da cuenta de los negocios de su marido, enumera los parientes, detalla su vida en Vicente López, y lo dice todo con esa ingenuidad fronteriza del cinismo, característica de la gente ignorante. Sus hijos, modelos de mala educación, riñen a cada rato arrebatándose caninamente los platos, y la madre, para imponerse, los grita y amenaza con energía:

— ¡Te voy a romper una costilla, a vos!

— ¡Quedate quieto, canalla!

— Me tenés cansada, nena. ¡Te voy a deshacer a palos!



Como los chiquillos no se componen, los corre por el comedor cuchillo en mano, como un asesino.

La escena se repite tres, cuatro, seis veces, con la intervención del padre, que ya descarga un trompis al mayor de los hijos, ya blasfema sórdidamente e insulta a su mujer.

Algunos comensales ríen, otros se ponen serios, la mayoría se pregunta de qué barro estarán hechas esas criaturas, y con qué derecho se puede amargar la cena de treinta personas con semejantes episodios, muy explicables en un conventillo, pero inconcebibles en una casa de pensión en cuyo frente se lee: "Hotel de las familias. — Casa seria y tranquila".

La dueña se nos acerca cautelosamente, y nos confiesa en voz baja que ha sido sorprendida en su buena fe, que esa familia no pisará más su casa, y que ella está más harta que nosotros, pues hace dos meses que hospeda a esa pequeña horda.

Sentimos un fastidio elevado a la séptima potencia. Al compañero se le ha quedado en el esófago la tortilla de camarones, y yo creo que ha estallado en mi estómago un movimiento bolcheviqui.

— ¿Vamos a dormir? — insinúa él.

— Vamos.

— Buen provecho, señores.

— Que descansen bien — nos dice la madre de los forajidos, que nos ha oído, y que no desperdicia ocasión de decir algo. Sus palabras nos suenan a ironía; las agradecemos en una forma que puede traducirse: "usted, su marido y sus hijos deberían trasladarse a Groenlandia".

Los griegos, que hicieron el elogio del lecho y ensalzaron las excelencias del sueño, no sospecharon que una noche tendrían la adhesión incondicional de dos obscuros veraneantes a plazo fijo, molidos por un viaje de siete horas y fastidiados hasta la coronilla por la proximidad de un matrimonio con tres chicos, que constituía la mejor propaganda antimatrimonial.

Tomamos el lecho casi por asalto, dispuestos a transferir a Morfeo nuestra fatiga y fastidio. Serían las veintitrés. Nuestro compañero dejaba oír los acordes primeros de la sinfonía de sus ronquidos, cuando la puerta se abrió con violencia. Un batallón que se dispersa, tal fué la sensación que me dió la entrada del compañero de pieza. Encendió la luz y se desvistió con estrépito. Cada uno de sus movimientos tenía algo de estallido. El golpe de sus zapatos al desprenderse de los pies parecía la explosión de un neumático. Me hizo incorporar, inquieto. No lo hubiera hecho. El hombre empezó a referirme, con lujo de detalles, lo que le había costado rescatar treinta pesos prestados a un amigo. Y ya en plena horizontal, apagada la luz, insistió en el tema, a pesar de haberle dado yo tres veces las buenas noches. Por fin se durmió. Rogué al cielo que no se despertara, y me hallaba ya en el período hipnagógico, cuando el resplandor de una luz intensa me abrió los ojos. Sobresaltado, me incorporé. De la pieza contigua, separada de la nuestra por un tabique que pretendía estirarse hasta el techo, llegaron voces y ecos de extraños movimientos. Reconocí la voz del bancario contrahecho. Otra voz decía:

— ¡Qué le pasa, compañero? ¿Por qué encendió la luz? ¿Se va a vestir? ¿Va a salir a estas horas?

El bancario empezó a gritar:

— ¡La ventanilla donde dice caja! Sí, señor. ¿Cómo? Véalo al gerente, entonces. Haga una letra. Para operar con el Banco, necesita ser presentado por un cliente. Che, Fernández, despácheme pronto ese cheque, que es de un amigo, ¿quiere?

Todos despertamos. Estábamos asombrados. Creíamos soñar. Mi amigo el andaluz me preguntaba:

— ¿Qué pasa, che?

— No sé. Se habrá enloquecido.

— Es sonámbulo — nos aclara el compañero de pieza. — Anoche le dió por pasearse por la azotea.

— ¡Cáspita! Y esta noche, ¿qué se le ocurrirá hacer?

— Cállate, déjame oír — suelta el andaluz. — Ese tío me divierte.

Una pausa. El sonámbulo enmudece. De pronto, el tabique empieza a temblar. Del otro lado, el bancario ejecutaba redobles de tambor con los nudillos de los dedos. Cuando se cansó, empezó a tararear una marcha militar. Luego, salió al patio, encendió un cigarrillo y comenzó a pasearse en la obscuridad, a pasos largos y retumbantes.

— Por las dudas, voy a cerrar la puerta con llave. No le dé el diablo por presentarse aquí — se me ocurrió.

Media hora después, esperando los acontecimientos, sentimos el rumor del cerrojo de nuestra puerta que rechinaba. Al rato, el mismo rumor en la pieza de al lado, seguido de unos pasos. El sonámbulo, que tal vez se había equivocado de cuarto, regresaba al suyo.

— Ahora estamos bien — dice el joven de la nube en el ojo. — Se va a dormir, y ya no nos molestará.

— ¿Eso quién lo puede asegurar? — le contesto.

— Esté seguro. Anoche fué así.

En efecto, momentos después, vuelve a reinar la obscuridad y un silencio total. Pienso en que por fin descansaré.

— ¿Estas son horas de venir? ¡Las dos de la mañana! ¿No tenés vergüenza?... A ver qué mentira te traés. ¡Hablá, hablá te digo!...

¡Cielos! ¿De quién son esos gritos? ¡Ah, ya sé! Son de la mamá de las tres monadas del comedor, que riñe con su marido. La gresca conyugal renueva los episodios de la cena. Ahora me doy cuenta de que ella es mucho más bruta que su marido. La voz de éste es sofocada por la de su mujer, que chilla como una rueda de tranvía. Se pone afónica, y sólo calla por cansancio. Cuando sus gritos han cesado, nos sentimos felices. Esperamos conciliar el sueño y dormir como el sonámbulo, cuya respiración llega a nuestro cuarto como el ruido de un sifón de soda.

La campana de una iglesia distante da tres toques largos, trayendo un eco melancólico, estirado, como la caricia de un enfermo agonizante. Siento frío y me arrebujo, abrazándome a las sábanas y reduciéndome de volumen. Manos invisibles me tocan los ojos dulcemente, me siento como mecido por una canción de cuna, y poco a poco todo mi ser va cayendo en un colapso inefable, beatífico, que corta la corriente de mi vida y me aproxima a la Nada.

¿Cuánto tiempo dormí? lo ignoro. Pero no debió ser mucho, pues cuando desperté reinaba aún la obscuridad. Un formidable concierto de maullidos desesperados y ecos de violentas carreras y saltos por la azotea me dieron la impresión, al pronto, de haber sido asaltada la casa por una banda de malhechores. Era una ruidosa exteriorización de amor. Los gatos cultivan el amor dramático y expresan sus sentimientos más delicados mediante arañazos; algunas mujeres los admiran e imitan con éxito. Yo, que he dado parte de mi corazón a un viejo micifús, sentí en ese instante ardientes deseos de exterminar la especie felina. Hasta mis aliados se conjuraban esa noche para no dejarme descansar. En un gesto de resolución, desperté a mi compañero, a quien, rendido, podían haberlo asesinado antes de quitarlo de su dulce sopor.

— Hay que levantarse en seguida. Esto no puede ser. Aquí la vida es un martirio. Arreglemos las valijas y salgamos cuanto antes, sin dilación. ¡Nada, nada! A huir como prófugos.

Clareaba, cuando un auto se detuvo en la puerta.

— ¿Adónde, señores?

— A cualquier parte, donde no haya chicos salvajes, bancarios sonámbulos ni gatos enamorados.

Un amor que llega hasta el sacrificio

DENTRO de todos los ambientes sociales duermen escondidas las mejores y las peores cualidades. El relato que vamos a narrar dista bastante de ser ejemplar, por los personajes que se describen, pero además de su rigurosa verdad, ofrece un caso de lealtad que sale de lo común.

Una mañana, el nombre de Berta Mulon, conocido solamente hasta entonces en los bajos fondos parisienses, llegó a ocupar los grandes titulares de la primera página de los periódicos. Se había rehusado a indicar el paradero de su prometido, a cambio de una suma de dinero que se le ofreció, capaz de hacer vacilar en su lealtad a más de un caballero de la Legión de Honor.

En los cafetines de los arrabales de París cuentan su historia hombres que conocieron a "Peppy", como la apodaban; quienes la vieron deambular por las calles más de una vez, sin los cinco "sous" indispensables para tomar café. Ella es la misma que se sacrificó hasta adquirir los contornos de una verdadera heroína, para mantener al hombre que amaba, y que el traicionarle, pronunciando la media palabra, le hubiera valido más dinero del que probablemente podría jamás tener en toda su vida. Su bella cabeza, que las gentes creían más de materia ósea que gris, despistó con gran arte, durante todo un año, a los sabuesos de París, a pesar de los procedimientos a que recurrieron para ganarse su simpatía, y descubrir en algunas de sus frases el indicio del paradero que les interesaba, cosa que no pudieron lograr con ofertas tentadoras. Jamás obtuvieron de sus labios la más remota palabra que pudiera servirles en la pesquisa.

Hasta hubo presión diplomática, motivada por la lentitud que marchaba la investigación. La prefectura policial de París se sentía burlada y en ridículo. Fueron nombrados nuevos empleados.

Un día, después de haber tenido una reyerta con su novio, "Peppy" no pudo ocultar su cólera en un café. Un detective que estaba allí de guardia casi permanentemente, pero a quien ella no conocía como tal, vió la ocasión de hacerla hablar, azuzando el resentimiento que le produjo la disputa. Conversaron largo rato, se hicieron grandes camaradas, y él la condujo por diversos cafetines, donde la convidó a beber en exceso.



El puente de L'Alma, sobre el Sena, donde fué hallado el cadáver de "Peppy"



Funcionarios públicos que, mientras recogían diversos objetos de sobre la corriente, extrajeron un cuerpo de mujer

Pero cuando llegó el alba se disiparon los efectos del alcohol en su cabeza, y acompañó al policía hasta el Sena, para una excursión en bote, y al llegar a las orillas dejó solo al asombrado pesquisante. Se había dado cuenta de quién era.

—Es mi hombre — le dijo, — a pesar del daño que me ha hecho. — Y escapó en un automóvil de alquiler, para arreglar sus disputas con su novio.

El instinto del perseguido es siempre más agudo que el de sus perseguidores, y cuando a una mujer se le mete entre ceja y ceja proteger a un hombre, Dios libre a nadie de interponerse en ello.

Por encima de todo, Alfredo Mourey, que así se llamaba su novio, no era un bandido vulgar. Él había mantenido trato con otras mujeres antes de conocer a "Peppy". Gozaba de una reputación internacional, y se le buscaba por media docena de crímenes, además del famoso robo cometido contra Alfred R. Shattuck, en Nueva York. Y fué particularmente éste quien le obligó a emprender la retirada. Le quería a alto precio. Ofreció dos premios, uno de veinte mil dólares y otro de veinticinco mil francos por su cabeza.

Mourey había huído de Nueva York a Méjico, donde dividió su tiempo entre los juegos de azar y la distribución de alhajas robadas a las mujeres que conoció. Como allí empezaban a presentársele las cosas en forma poco agradable para él, escapó a París, donde perdió el resto de lo robado más respetablemente, en especulaciones.

En ese entonces fué cuando conoció a "Peppy", y venció su corazón. No le quedaba más dinero, y estaba enfermo. Ella lo envió a Chelles Gournay, una pequeña población del departamento del Sena, y allí logró que viviera. Él pasaba su tiempo pescando en el río — afición que cuenta en Francia con muchos devotos,—sin despertar las sospechas de nadie. "Peppy" iba a visitarle dos veces por semana. En una visita inesperada halló ella motivos para recelar de su fidelidad amatoria. Había ido ella a prevenirle que la policía sabía que él se encontraba en Francia, y suspendió por ello sus visitas.

Después de esto, ambos se mostraron más cautos en su conducta.

Luego supo que alguien la había denunciado como amiga de Mourey, y por ello la vigilaban. Trabajando bajo la apremiante necesidad de ganar para los dos, ella dejó de visitarle por temor de que pudiera traicionarle con ir hasta el lugar en que él vivía, a pesar del temor que la embargaba de que si no le visitaba la traicionada sería ella. "Peppy" le había ya arrojado unos trozos de hierro para hacerle notar mejor la importancia de esto. Él, por su parte, la había vapuleado como sabía hacerlo, pero ni el uno ni el otro parecían amarse menos por esto.

Ella cambiaba de taxis en el trayecto siempre que iba a Chelles Gournay, y tomaba los trenes menos indicados para ello, a fin de extraviar a sus perseguidores, logrando que en todo un año éstos no supieran adonde iba.

Una noche, como no pudo desprenderse de los policías disfrazados que la acechaban, regresó a su café habitual, y se la vió mirar ansiosamente el reloj, decidida a jugarles una broma.

Repentinamente, se puso de pie, y tomó un automóvil, que la condujo a la plaza de San Miguel, en el barrio Latino. Allí se detuvo, miró en derredor, para cerciorarse si la habían seguido, y desapareció entre las sombras en la rue Monsieur Le Prince. "Peppy" se acercó a un portal, y cuando pasó un hombre cuya gorra le ocultaba la frente, ella le chistó. Hubo una pequeña conversación. Sonaron los silbatos de la policía, corrieron los gendarmes, y mientras "Peppy" escapaba entre la multitud de curiosos que se había formado, la policía detenía a un humilde e inocente viandante.



Callejuela de París, frecuentada por "Peppy"

Pero por último llegó el día que "Peppy" presentía que acabaría fatalmente por llegar. La garra de la ley que tanto tiempo se había cernido sobre su novio en vano, acabó por cercarle en Chelles Gournay.

Por una información del extranjero la policía pudo señalar su paradero, y le hizo el cumplido de adoptar precauciones extraordinarias para él. Le asignaron dos hombres especiales a su cuidado, quienes, para efectuar su arresto, alquilaron habitaciones en el mismo hotel en que él vivía, y allí pasaron un mes y se hicieron grandes amigos suyos. Cuando llegó el día fijado para su arresto, se sentaron a su lado en la misma mesa del comedor. Dos hombres penetraron en la sala, con los revólveres apuntados en su dirección. Los supuestos amigos de Mourey se pusieron de pie de un brinco y lo derribaron, pudiendo así maniatarlo.



"Peppy" Mulon, la heroína de esta trágica narración

En el puente de L'Alma se vió, pocos días después del arresto, a dos funcionarios públicos, en un bote, que hurgaban con largos bicheros en las aguas del Sena, y entre varios objetos se les vió extraer el cadáver de una mujer. Llegados a la ribera, alguien entre los curiosos allí estacionados la reconoció. ¡Era la pobre "Peppy"! En sus ropas fué hallado un papel que decía:

"No les creas, Alfredo; yo no te delaté."

Las curiosidades del sport universal

UNA CAMPEONA DE TENNIS DESCUBIERTA POR ERROR



Julieta Ezcurra, campeona de tennis del Río de la Plata en varias categorías, comenzó a destacarse en los torneos de aquel deporte no por sus méritos, precisamente, sino por un error.

En efecto: al designarse las jugadoras que habrían de tomar parte en un torneo, se la confundió a la señorita Julieta Ezcurra por otra jugadora del mismo apellido: María Ezcurra, y aquélla pasó a ocupar el lugar de ésta. Por cierto que el error fué bastante afortunado, pues si bien la intrusa no había hecho méritos hasta entonces, luego los ha hecho en tal cantidad y calidad que bien mereció tuvo el honor que se le dió por equivocación.

EL MATCH DE BOXEO MÁS RÁPIDO QUE SE CONOCE



El ex campeón francés, europeo y mundial, George Carpentier, era en sus buenos tiempos hombre de andar con pocas vueltas para dirimir superioridades.

Forman serie en su "récord" de peleas las que ha terminado por "knock-out" en los primeros minutos de pelea, y cuenta él, precisamente, la pelea "récord" de brevedad: la última que realizó con Joe Beckett, ex campeón inglés, la terminó en 20 segundos, tiempo menor al del canto de un gallo... o al de abrir y cerrar de ojos.

Antes de Carpentier, el "récord" lo tenía Dempsey con un "knock-out" sobre Fred Fulton en 23 segundos.

LA ÚNICA VEZ QUE HÉCTOR MÉNDEZ RECHAZÓ UN DESAFÍO



Cuenta el campeón sudamericano de peso "welter" que en una oportunidad, habiendo entrado en un negocio a comprar unas cosas, tuvo un cambio de palabras con un empleado de la casa. La discusión, que había tenido un carácter suave, parecía que no habría de alcanzar mayor trascendencia, cuando apareció por allí otro empleado, especie de celador de la casa, que la emprendió a insultos con Méndez y dejándolo "verde" a improperios.

El teniente Méndez, que tiene una paciencia limitada, agotada ésta, hubo, para colmo, de aguantarse el chubasco con un desafío, además para salir a dirimir la cuestión con los puños... ¡Pero, cuál no sería su sorpresa al ver que el belicoso y agresivo hortera calzaba aún... pantalones cortos!

COMO UN PILLETE HIZO MARCAR UN TIEMPO "RÉCORD" A JEAN BOUIN



El célebre corredor francés, que falleció en la guerra europea, gustaba recordar cómo uno de los mejores tiempos que había marcado en su vida en la distancia de 10.000 metros lo había conseguido obligado por un pillete de París.

Hallándose en sus ejercicios de entrenamiento, Bouin corría en cierta ocasión la prueba de fondo conjuntamente con un compañero mucho más flojo que él. Había dado ya más de quince vueltas a la pista y había perdido hacía rato a su compañero, cuando en una vuelta se sintió alcanzado por el otro, y aunque calculaba que le llevaría ya muchas vueltas de ventaja, se empeñó en alejarse: en vano lo intentó haciendo los más arduos esfuerzos; su compañero lo seguía como una sombra, cuando, de repente, notó que no era sólo aquél el que corría, sino que venían dos; se volvió, y ¡hete aquí que se encuentra con que el que corría a su lado era un pillo que se había agregado al final de su carrera y... con un perro a su lado!

UN POLICEMAN CAMPEÓN MUNDIAL



Ralph Ross, el ex campeón mundial de lanzamiento, que durante muchos años defendió con éxito los colores de Estados Unidos, era, fuera de sus actividades deportivas, uno de los tipos más populares de Nueva York, en donde se exhibía en una de las esquinas centrales como "policeman".

¡Cualquiera se atrevía a faltarle al respeto a un nene como Ross, que era capaz de alzarse a un hombre en vilo y arrojarlo por arriba del hombro como a un muñeco.

¡EL PERIODISMO ANTE TODO!...



Tal es la divisa de la causa que defienden algunos campeones mundiales que deberían tomar parte en las próximas Olimpíadas de París, entre ellos los célebres "tennistas" William Tilden y Johnston, a quienes se les ha prohibido seguir colaborando para los periódicos so pena de no permitirles participar en el torneo mundial. Ellos han contestado que se abstendrán de continuar en sus actividades deportivas, pero que por ningún concepto abandonarán el periodismo.

UN "SIMBAD EL MARINO" QUE NO ES DE CUENTO: ALAIN GERBAULT



El famoso campeón francés de "tennis", que además de este deporte practica con éxito muchos otros, y que acaba de conquistar un prestigio mundial de novela por su hazaña de haber atravesado el Atlántico de Francia a Estados Unidos en un yate de 9 metros apenas, y solo, ha hecho interesantes manifestaciones a algunos periodistas yanquis.

Entre otras cosas, y ante el ofrecimiento que le ha hecho una actriz yanqui, en su temeraria empresa de dar la vuelta al mundo, de acompañarlo, el francés ha declarado que, "por" una mujer, se siente con fuerzas para recorrer el orbe entero en un yate (y algo de esto hay en lo que está haciendo), pero, que "con" una mujer es incapaz de cruzar ni un charquito...

CÓMO Y QUIÉNES FUNDARON EL CLUB BOCA JUNIORS

Lo que menos se hubieran imaginado los fundadores del popular club cuyo "team" se clasificó campeón de primera división del año 1923, es el enorme desarrollo que con el tiempo habría de alcanzar aquella minúscula entidad concebida y realizada casi por casualidad.



El cuadro de "foot-ball" "Boca Juniors", que ganó el campeonato de 1º de 1923, compuesto por: Bleo Journal, Ludovico Bidoglio, Alfredo Garasini, Mario Busso, Alfredo Elli, Américo Tesorieri, Ramón Mutis, Antonio Cerrotti, Segundo Medici, Carmelo Pozzo y Dante Pertini

En efecto: el Club Boca Juniors fué fundado en 1905 durante una amable rabona transcurrida en la Plaza Solís de la Boca, por unos cuantos muchachos, alumnos del Colegio Comercial Sur, entre los que se contaban: Juan y José Farenga, Artemio Carregas, Alfredo Canevaro y Santiago Sana. Este último fué el que le dió el nombre que tan popular se ha hecho.

UNA "CIRCUNSTANCIA" IMPREVISTA



Hace poco tiempo, el famoso corredor francés de fondo, Guillemot, fué suspendido por dos meses por la Federación Atlética de su país, a raíz de una condición que el citado corredor impuso para concurrir a cierto concurso atlético de Bilbao.

Guillemot pidió que, además de sus viáticos personales se le asignase una cantidad de dinero a los efectos de pagar los gastos que demandaba la estada de su esposa y el viaje de la misma al lugar del torneo.

La Federación Francesa, que hasta ahora no había previsto el caso de que hubiese que contar a la esposa de un atleta entre los gastos de éste, juzgó que el pedido era improcedente y suspendió a Guillemot.

UNA BICICLETA BIEN GANADA... PERO NO LOGRADA



El gran campeón francés ciclista Mauricio Brocco, cuya fama llegó a trascender las fronteras de su país para abarcar el mundo entero, pudo haberse iniciado en el ciclismo mucho antes de lo que lo hizo a no haber mediado la tenaz oposición de su familia.

Tanto llegó a marcarse esta oposición, que Brocco, siendo aún un niño, cuando surgió en las primeras carreras ciclistas, ganó las tres primeras en que tomó parte, con una bicicleta que le prestaron.

Ante los crecientes éxitos del muchacho, que iba en camino de llegar a "récordman", los padres de Brocco quisieron luego adquirir la bicicleta de sus primeros triunfos, pero el amigo que la poseía no soltó entonces la prenda, que también él estimaba como reliquia.

VEINTE KILÓMETROS A MARCHA FORZADA Y CON EQUIPO DE GUERRA



Hallábanse una tarde varios "sportsmen" en un club de Oxford, discutiendo sobre sus respectivas edades, su fuerza y su destreza, cuando el señor Franck Gray desafió al capitán Ainsworth a una marcha forzada, desde Oxford hasta Banbury. Él llevaría todo el equipo completo de un soldado de infantería en campaña, mientras que el capitán podía marchar con las manos y el cuerpo libres.

Se dió la señal de partida, y el capitán tomó la delantera, a una distancia de cien metros, conservando esa ventaja hasta los siete kilómetros, cuando tuvo que detenerse para cambiarse los zapatos. A los doce kilómetros ambos comenzaron a mostrar signos de cansancio. El capitán Ainsworth se vió obligado a abandonar, Gray continuó valientemente, y cuando llegó al punto señalado para la llegada, se desmayó. El esfuerzo había sido tremendo para el físico de ese hombre; pero la voluntad había vencido.

Cómo corre Charles Paddock, el hombre más veloz del mundo



Charles Paddock, que desde hace varios años es estudiante en la Universidad de California Sud, viene detentando el título de campeón americano y olímpico de los 100 y 200 metros.

Hace diez días, en la ciudad de Los Ángeles, logró superar el "récord" establecido en las Olimpíadas de Amberes, cubriendo esa distancia en 21 segundos 3/10. Este fenómeno de velocidad posee una manera especial de largar y de correr. Comienza por hacer él mismo en la pista con una pequeña pala la que lleva consigo, los hoyos donde apoyará los pies. Conserva los brazos ligeramente curvos, y a la señal de partida apoya todo su peso en la pierna delantera y hace un violento movimiento de adelante para atrás con los brazos. Una vez en carrera, aumenta la velocidad sin aparente esfuerzo, pero lleva tal impulso, que al llegar a la meta cubre las dos o tres yardas que le faltan en un salto formidable. Charles Paddock es el "sprinter" más señalado para triunfar en las distancias citadas, en los actuales juegos olímpicos de París.

El "agregao"

Por Valentín García Sáiz

DIBUJO DE C. DÍAZ



CUANDO alguna persona interrogaba a Cipriano si tenía algún parentesco con don Eleuterio Hornos, el dueño de la estancia "El Pirincho", limitábase sólo a hacer una ligera contracción de músculos en los maxilares, y luego contestaba secamente: "Soy agregao".

Cierta tarde, en la citada estancia habían estado de grandes festejos en conmemoración a una fecha patria. Tanto el capataz como los puesteros, los peones y algunos visitantes, reunidos en la enramada junto a las brasas que doraban los asados, charlaban amenamente sobre los diversos temas campesinos, no faltando quien hiciera rasguear una guitarra para dejar oír algunas cadencias tristes y hondas del pago. Mientras tanto el mate "corría" de mano en mano, y, al igual, la botella que contenía la espirituosa "caxaxa". La gente reía... Todos estaban satisfechos. Sólo Cipriano, "el agregao", había hecho "rancho aparte". Desde un rincón observaba, meditaba, y, como siempre, huraño.

En uno de esos claros silencios, una vocecita cantora, salida desde la rueda, irónicamente dijo:

— Che..., Cipriano, vení a contarnos algo de tu vida di antes, llena de relumbrones.

Él no hizo caso; ni siquiera se tomó la molestia de levantar la vista; sabía muy bien quién era el que había largado el "lanzazo".

El asado ya tocaba a su término. De pronto, a unas pocas cuadras, a la vera del camino, los perros comenzaron a ladrar, señal ésta de que algún desconocido se aproximaba a "las casas".

— Creo, si no ando errao, que debe ser el inginiero, el mesmo qu'está costruyendo el puente. Vendrá'prosiar con el patrón sobre el asunto del fierrocarril.

Efectivamente, era el ingeniero; no se había equivocado el capataz al aseverar tales cosas.

De nuevo, inesperadamente, la misma vocecita cantora, timbre de flauta —la que no podía ser otra que la del pardo Donato — dijo con cierto imperio:

— Che, Cipriano..., andá'yamar al patrón, ¿querés?

Sin contestar palabra, el viejo Cipriano levantóse pesadamente, y, con su habitual cachaza, fué a cumplir la orden que le dió el peón más zaparrastroso de la estancia. Y, ¿qué otro remedio? ¿Tenía él derecho a protestar siendo como era "un agregao"? Eso sí, cuando daba la espalda siempre refunfuñaba algo, y esa vez entre el masculleo de sus palabras se le oyó decir con más claridad que en otras ocasiones: "Yo juí en un tiempo don Cipriano... Ahura, tuito el mundo me aporrea."

Uno de los de la rueda, después de haber soltado al aire una estridente carcajada que fué recibida con muestras de aprobación por los demás, mientras se alejaba el viejo Cipriano, arguyó:

— Pero este viejo está chochando; siempre con su manía de que "jue don", di'áhi naide lo saca; no cambea de tema.

De pronto, una voz gruesa, cavernosa, alzóse entre aquel murmullo de risas imponiendo silencio. Era el "montiador" don Inca, quien comenzó de esta manera:

— Miren, paisanos, no se vayan a réi de mí, por lo que les voy a contar. Ustedes son injustos, muy injustos con el pobre Cipriano. Tuitos ustedes saben bien qu'es un hombre muy útil en la lidia casera, y que nunca se negó pa' hacer un servicio ni exigió paga alguna; por eso, yo siempre lo he apresiao como amigo. En cuanto a sus manías..., ¡qué quieren!..., se mi'hace que tuito lo que cuenta debe ser verdá. El pobre es uno d'esos tantos gauchos golpiaos por la suerte perra, por la mala estrella que tráimos al mundo, unos más, otros menos. Este viejo si'ha quedao asina, medio trastornao en apariencias, ha sido por culpa de los malos negocios; por el destino si ustedes quieren, por eso más bien es dino de lástima. Cierta vez, hace d'esto ya una puntita di' años, él me dijo en confianza: "Yo tuve, don Inca, pa que sepa, un socio con el que trabajé en grande escala, allá, po allá, lejos, ande el diablo perdió el poncho. Dispués que me fundí por culpa de ser tan mano abierta, me dió vergüenza de quedarme en mi pago. En una madrugada ensiyé, y sin rumbo anduve errao po esos campos y montes, hasta que una noche de gran tormenta me tiré a nado en ese mesmo arroyito que cruza áhi, el qu'estaba barrigón de tan crecido. En la travesía se mi'ahugó el parejero que tráia, y, a gatitas, gracias a Dios, si pude salir con el pellejo a flote. Y dende esa noche, noche fieraza, en que pedí hospitalidá n'esta casa quedé por oferta del patrón en calidá di'agregao. ¡Ya m'encontraba viejo y sin juerzas pa comenzar de nuevo!" Esta fué la confidencia que m'hizo Cipriano, hace de esto una puntita di'años.

Tipo un tanto extraño, el Cipriano de este cuento es uno de esos gauchos de ley que conservan en todos los momentos de su azarosa existencia, esa voluntad y ese orgullo innato en los hijos del suelo americano. Su autor, don Valentín García Sáiz, que ocupa un buen lugar entre los cultores del género criollo del Uruguay, ha realizado en este cuento un trabajo literario estimable.

Todos callaron; quedaron conmovidos por la vaga tristeza que produce el dolor ajeno. En esto, el pardo Donato, que estaba "reventando" por hablar, dijo, con todo veneno:

— ¡Pero si es trastornao ese viejo! ¿Quién le va'hacer caso? ¿No ven que tiene la manía de las grandezas?

Nadie dijo nada.

El forastero, que había desensillado, acercábase a la rueda, siendo recibido por el capataz. Los demás paisanos pusiéronse de pie, a la vez que hacían un ligero movimiento de cabeza. En ese instante llegaba el patrón, y pocos metros más atrás venía Cipriano, campaneándose, con su paso de pato viejo.

Apenas el joven ingeniero saludó cordialmente al dueño de casa, su mirada encrustóse en Cipriano, y luego, reconociéndole, exclamó, lleno de júbilo y admiración:

— ¡Don Cipriano!... ¡Usted por aquí! ¡Venga, deme un abrazo! ¿No me conoce? ¿No se acuerda de mí?

Todos permanecieron boquiabiertos al sentir tales exclamaciones, y sin perder el más mínimo detalle de aquella extraña escena, estaban atentos a todo gesto, a todo ademán.

El "agregao" de la estancia, después de tantos años, al oír que lo trataban de "don Cipriano", sintió primero como un escozor que le recorrió todo el cuerpo, y luego una sensación de frío, quedando como petrificado por espacio de breve tiempo.

Aquel gaucho, todo encorvao y lleno de achaques, como movido por un resorte, su cerviz alzó altiva, como muestra de su antiguo poderío, y luego de mesarse la barba, de canicie plena, en voz suave y con cierto aplomo interrogó:

— Pero... dígame: ¿di'ande me conoce usté, mocito?

—¡Don Cipriano! — volvió a recalcar el joven. — ¡Yo soy el Tito..., el hijo de su socio, el de la estancia "Las Tarariras"!

— Güe... ¡Cómo! ¿Vos sos el Tito? ¿Vos ya te recebiste de ingeniero?

Ambos se fundieron en un fuerte abrazo, permaneciendo unidos. Luego, Cipriano dijo a media lengua:

— ¡Qué cambeao qu'estás, Tito!

— ¡Hace ya tanto tiempo!...

Mientras dejaba resbalar sus brazos por los hombros de su interlocutor, con los ojos enajenados por el llanto, salió de los labios de Cipriano, como un grito de angustia:

— ¿Ti'acordás de mí, Tito!

— Pero..., ¡cómo no, don Cipriano! ¡La prueba que lo reconocí al momento!...

El forastero, dirigiéndose al dueño de casa, díjole amablemente:

— No se imagina usted el alegrón que me ha dado este hombre al verle; pues nunca supimos más de su vida desde que desapareció del pago; muchos lo tienen por muerto.

— Sí... — apresuróse a contestar Cipriano. — ¡Tenés razón! ¡Yo ya he muerto!... ¡En l'atualidá, estoy más muerto que vivo! ¡Escuchame, Tito!... No lo vayás a decir a naide por mi pago... ¿Sabés?: estoy aquí en calidá di'agregao..., ¡di'agregao! — Se lo dijo en voz baja.

Aquel gaucho viejo, oprimido por el dolor, cubrióse el rostro con ambas manos, y luego, súbitamente, adoptó una actitud dramática. Sobreexcitado, lleno de palidez, con los ojos desmesuradamente abiertos, avanzó unos pasos, hasta donde estaban sus camaradas, y en ademán enérgico, con la diestra les señalaba al recién llegado:

— Les presiento al inginiero Tito, el hijo del que fué mi socio.

Todos se miraron unos a otros, y, absortos y callados, fueron desapareciendo del escenario, hasta que quedaron solos el patrón y el forastero.

Poco después se marcharon al escritorio, donde estuvieron de gran conferencia. ¿Qué hablaron? No viene al caso.

EN la cocina, sentado en cuclillas, mientras preparaba los avíos para armar un cigarro, teniendo en los labios una chala y en la diestra el cuchillo con el cual picaba pausadamente "el naco", encorvado y pacífico, estaba el pobre Cipriano, "el agregao", triste, con su dolor a solas, el que le pareció entonces más amargo que en otros días.

Con el acento quejumbroso de una bordona, soliloquiaba:

— Yo... ¡Yo no miento!... ¡No!... ¡Yo juí don Cipriano en mis güenos tiempos! ¡Yo juí don!... Sí... ¡Juí don!...

El pardo Donato, llevado tal vez por su instinto perverso, lo estuvo observando largo rato, y descaradamente, con su voz cantora, díjole:

— ¡Che, Cipriano!... ¿Ti'has güelto loco?



... YO JUÍ, DON CIPRIANO, EN MIS GÜENOS TIEMPOS...

Notas Gráficas de la Semana

CON EL TRIUNFO DEL INVICTO "TEAM" URUGUAYO, OBTIENE EL DEPORTE SUDAMERICANO UNA GRAN VICTORIA EN LAS OLIMPÍADAS DE PARÍS

El "team" argentino de polo, luego Firpo, más tarde, el mismo Torterolo; Vicentini, el admirable púgil chileno, y ahora el equipo uruguayo de "football", han impuesto a la admiración del mundo el deporte sudamericano. La hazaña de los footballers hermanos no tiene precedentes en los anales del deporte universal, y es un buen augurio para los países jóvenes que se inician en torneos de tanta importancia. Ahora... ¡Lilian Hárrison!



VIDAL — SINGONI — SCARONE — GHIERRA — URDINARRAIN — GANDOMBIDE — ROMANO — SOMMA



CASELLA — ANDRADE — ETCHEGOYEN — PETRONE — TOMASINA — MAZZALI — CEA



EL ENVIADO ESPECIAL DE "MUNDO ARGENTINO" a las Olimpíadas de París, señor Benigno Rodríguez Jurado, ex campeón sudamericano de box y de lanzamiento de bala y martillo, y jefe del equipo argentino de box. Abordo del "Lutetia", con un grupo de deportistas — FOTOS LOUZÁN



TOMMY GIBBONS, EL HOMBRE QUE RESISTIÓ 15 "ROUNDS" A DEMPSEY, y que hace 4 días batió incuestionablemente al ex ídolo de Europa, Georges Carpentier



HARRY WILLS, LLAMADO "LA PANTERA MARRÓN DE NUEVA ORLEANS", con el cual se medirá próximamente Firpo. El campeón sudamericano recibirá 250.000 dólares por este "match"

Información gráfica de Inglaterra



EL EQUIPO TRIUNFADOR DEL CAMPEONATO DEL EJÉRCITO BRITÁNICO fué el del regimiento de Wilkshire, a cuyos jugadores felicitó personalmente S. M. el rey Jorge V



ESTACIÓN RADIOTELEGRÁFICA PARTICULAR, DE GRAN POTENCIA: C. W. Goyder, estudiante inglés que ha instalado una estación por medio de la cual se comunica con Francia, Dinamarca, Noruega, Estados Unidos y Canadá. Lo presentamos en el momento en que está transmitiendo un despacho por el sistema Morse



PAREJA AFRICANA LLEVADA A LA EXPOSICIÓN DE WEMBLEY, PARA ILUSTRAR LA SECCIÓN CORRESPONDIENTE: El cabo Mama Grunshi y su esposa, de la Costa de Oro, delante de su choza, en el local de la Exposición. Mama Grunshi mide m. 1.95 de estatura



CONCURSO ATLÉTICO INTERCOLEGIAL EN STAMFORD BRIDGE, LONDRES: G. Taylor, uno de los participantes del sensacional torneo, a quien le cupo en suerte adjudicarse el triunfo en la carrera de vallas de 120 yardas. En la presente fotografía puede observarse la limpieza con que el atleta salva el obstáculo



EL MENSAJE DEL REY DE INGLATERRA DECLARANDO ABIERTA LA EXPOSICIÓN del Imperio Británico fué transmitido telegráficamente a todo el mundo en un tiempo "récord": 1 minuto 20 segundos. El mensajero que aparece en la fotografía, Henry Annals, fué el encargado de llevar el mensaje y de devolvérselo al rey. Es, como se verá, un mensajero que pasará a la historia



AQUÍ NO SE "CUELA" NADIE, NI SE ACEPTA DINERO, NI SE DA CAMBIO: Así lo demuestran con sus púas de hierro y sus letreros, las entradas al gran estadio de Wembley, Inglaterra, donde se realizan las grandes finales de "football", y a las que asisten noventa mil espectadores

FOTO SPORT Y GENERAL Y CENTRAL PRESS

Notas interesantes de Montevideo



CONMEMORANDO EL ANIVERSARIO DE LA ENTRADA DE ITALIA EN LA GUERRA EUROPEA, celebráronse en esta ciudad diversos actos organizados por la colectividad de dicho país. En la presente fotografía aparece el ministro italiano, príncipe Alliata, mientras pronuncia un discurso.



FRENTE A LA ESTATUA AL SOLDADO CAÍDO, que se levanta en el Hospital Italiano de esta ciudad, se realizó el festival patriótico organizado recientemente. Grupo de personas y alumnas que intervinieron en su desarrollo.



LOS RESIDENTES ARGENTINOS EN MONTEVIDEO celebraron el aniversario patrio del 25 de Mayo con un banquete en el que se puso de manifiesto el espíritu patriótico de nuestros connacionales.



CON UNA LUCIDA FIESTA INFANTIL, ofrecida a sus pequeños amiguitos, celebró la niña Hortensia Mañé Garzón el aniversario de su natalicio. En la presente fotografía aparecen los participantes de la fiesta.



FUÉ DISPUTADO EN MONTEVIDEO el trofeo de la Copa Newton de 1923.



CANCINO, EL GUARDAVALLA ARGENTINO, parando un tiro iniciado por Soffiotti, que junto a Figueroa, adjudicaron con un

Los que velan por la salud y la seguridad públicas



El modesto barrendero, enemigo declarado de la suciedad, contribuye, en la medida de su tarea, a impedir la propagación de enfermedades.



Prevenir es poblar, podría decirse glosando a Alberdi. La viruela y la tifoidea son hoy casi desconocidas en Buenos Aires, gracias a la obra de vacunación intensamente llevada a cabo por la Asistencia Pública.



La ambulancia de la Asistencia Pública, lista para acudir en socorro de todo ciudadano. ¡Es un consuelo saber que hay un médico atento a nuestros dolores físicos!



"La Copa de Leche". En las escuelas y asilos, un vaso del delicioso alimento hace menos largas las horas de clase y fortalece las pequeñas naturalezas.



Silenciosamente, en los laboratorios se estudia, hora r hora, para combatir los flagelos que amenazan a la ciudad y a habitantes.



Entregados al sueño, tenemos la seguridad de que alguien vigila para que no seamos agredidos o molestados.



Numerosos inspectores municipales recorren las calles revisando la leche que consumimos.

EN las noches invernales, que en esta época nen en las calles menos céntricas de Buenos Aires ese sello de inconfundible me ncolía, cuando penetramos en lugares de sombra espesa, o torcemos una esquina, u rillamos un andamio, en lo que menos pensamos es en quienes nos dan esa seguric d y nos inspiran esa confianza.

Cuando junto al fuego charlamos, no se nos ocurre pensar que a esas horas cientos de personas encuéntranse listas para acudir nuestro llamado, al más simple accidente, a la más insignificante alarma; y cuando en egados al sueño reparamos las fuerzas, lejos de nosotros, pero siempre atentos a su d er, los esforzados soldados que velan por nuestra salud y seguridad permanecen en sus p stos, celosos y vigilantes, para empeñar el combate contra todo lo que signifique un ate ado a la población.

El agente de policía, el médico o practicante la Asistencia Pública, los enfermeros, el bombero, el conductor de ambulancias, están iempre listos para auxiliarnos.

¿Quién, por ejemplo, piensa en que el edi cio donde moramos ha sido previamente estudiado en su construcción por una ofic a municipal, a fin de garantizar la vida de sus futuros habitantes? ¿Quién, al ingerir l s alimentos necesarios a la vida, piensa que ellos fueron examinados minuciosamente en d fensa de nuestra salud?

La vacuna que se nos obligó a recibir, a veces a nuestro pesar, ¿no nos evitó mil contagios de enfermedades, con su secuela de molestias, de dolor y de muerte?

¡A cuántos anónimos servidores de la comodidad y de la vida comunes tenemos olvidados!

Hasta en el parque o la plaza, un buen hombre cuida de las flores, recreo de nuestra vista; de los árboles, tónico de nuestros pulmones, sin perjuicio de extender su vigilante mirada hacia los niños que juegan en las enarenadas avenidas para que no los molesten los mayores, o no se hieran accidentalmente.

Merecen realmente un recuerdo estos servidores del bienestar público. Muchos de ellos han encontrado la muerte en la brega diaria por la salud y la seguridad de la población.

¡Pero es que la humanidad fué siempre egoísta y seguirá siéndolo!

MIGUEL F. OSÉS.



Puede confiarse un niño en nuestras plazas. El guardián tiene instrucciones para velar por la seguridad infantil.

FOTO LOUZÁN

Actualidades del Interior



LA PLATA. — CONMEMORANDO EL NUEVO ANIVERSARIO PATRIO, el Círculo de Oficiales de Mar, de esta ciudad, realizó un animado baile. La fotografía que publicamos, obtenida en uno de los intervalos, da una idea del brillo con que se llevó al cabo la velada



LA PLATA. — LOS MIEMBROS DEL PODER EJECUTIVO DE LA PROVINCIA, acompañados del obispo, monseñor Alberti, de regreso de la ceremonia religiosa en que fué oficiado el Tedéum con motivo de la celebración del 25 de Mayo



CÓRDOBA. — MONSEÑOR MIKAEL CHADE, REPRESENTANTE DE LA IGLESIA ORTODOXA, fué objeto de una demostración. Los señores A. y M. Moisés le ofrecieron una cena, a la cual fueron invitados algunos miembros representativos de la colectividad sirioortodoxa de esta ciudad



SAN LUIS. — POR UN EMPATE DE 1 A 1 se definió el "match" de "foot-ball" jugado recientemente entre los equipos de los clubs Estudiantes y Juventud Unida. Presentamos el primero de los nombrados





SAN LUIS. — A UNA LUCIDA FIESTA SOCIAL dió lugar el enlace de la señorita de la Torre con el señor Pérez. En la presente

El deporte en la Capital



CAMPEONATO DE "TENNIS" DEL RÍO DE LA PLATA. Señoritas María F. Fitte, B. Fernández, O. Echeverría y Lea Giusti, que tomaron parte en el torneo, y cuya actuación fué digna de aplauso



LA GANADORA DEL CAMPEONATO señorita Lilly E. Moss, que obtuvo el triunfo en forma brillante



QUIEN LLEVÓ A LOS ATLETAS ARGENTINOS AL TRIUNFO, en las Olimpíadas del Brasil, y en el reciente Campeonato Sudamericano, es el señor Federico W. Dickens, cuyo retrato ofrecemos a nuestros lectores con motivo de su partida a París, donde también se hará cargo del entrenamiento de nuestros muchachos



EN LOS "COURTS" DEL "BUENOS AIRES LAWN TENNIS CLUB" acaba de realizarse el Campeonato del Río de la Plata, de 1924, del que participaron una buen número de jugadores de actuación sobresaliente. En la presente fotografía aparecen las señoritas Justa Lozano, Elena Cabret, Lilly Moss (la ganadora), y la Sra. de Possell

FOTO LOUZÁN

Notas Gráficas Rosarinas



DIÓ LUGAR A UNA SIMPÁTICA FIESTA el banquete con que los periodistas rosarinos obsequiaron a sus colegas italianos en el Bar Cifré, con motivo de la visita de estos últimos a la simpática ciudad de Rosario



GRATA IMPRESIÓN CAUSÓ AL EMBAJADOR DE ITALIA, SEÑOR G. GIURIATI, la visita que efectuó al Hospital Italiano Garibaldi, de esta ciudad. Lo presentamos acompañado del jefe de Policía, señor Ricardone; del presidente y del director del Hospital, señores Grosso y Bondone, y de todo el cuerpo médico



CON EL BRILLO Y EL ESPLENDOR DE TODOS LOS AÑOS, fueron celebradas las fiestas patrias del 25 de mayo. En la presente fotografía, se ven las autoridades de la provincia que se dirigen a la catedral, donde se celebró el tedéum



LA EFEMÉRIDES PATRIA CONSTITUYÓ UN NUEVO EXPONENTE DEL ENTUSIASMO POPULAR. En la plaza Belgrano, de esta ciudad, se realizaron una serie de actos conmemorativos presididos por el intendente, doctor Cardarelli; el jefe de Policía, señor Ricardone; el inspector de Escuelas, doctor Jiménez, y el jefe del regimiento 11º de infantería, señor Giani



LOS CICLISTAS VERDUGA Y CIFARELLI TRIUNFARON AMPLIAMENTE en la gran carrera de las 6 horas, disputada en la pista del Club A. Provincial. En esta



CON ASISTENCIA DE LAS AUTORIDADES LOCALES y algunos escritores, artistas y periodistas, fué inaugurado recientemente el Salón de Otoño en el local municipal

Lechuza

Por Oindo Riasol

DIBUJOS POR DE LAMO



A Lechuza se le conoce en todas partes por Lechuza y no por Manuel Gómez. Es, más que un hombre, toda una institución poderosa y necesaria en la vida de una importante empresa funeraria. Encuéntrase con él la casa en condiciones de pagar mejor, y como sus servicios profesionales son solicitados con más interés que los de muchos abogados y médicos, a Lechuza no le falta dinero.

Tendrá treinta y cinco años. Flaco, alto, su rostro es vulgar, de frente achatada y ojos pequeños. Viste siempre de negro, y las necesidades de su oficio han hecho de él un hombre serio, fúnebre. De tanto fingir seriedad ha terminado por olvidar de reírse, como un filósofo pesimista cualquiera. Ni aun cuando realiza un buen negocio ríe y muéstrase realmente contento; se le ven, apenas, en una sonrisa difícil, sus escasos y sucios dientes. Más tipo, en suma, de ministro o diputado que de hombre de genio.



Pero, ¿en qué se ocupa Lechuza? Es, por decirlo así, un puente entre la muerte y el cementerio... Como los hoteles, como los negocios todos, aun aquellos ya célebres de la exportación clandestina de metales, las empresas funerarias necesitan corredores que traigan clientes, pues debe saberse ya que el éxito de un comercio depende, más que de otra cosa, de la acción de sus propagandistas. Díganlo, si no, los partidos políticos y sus jefes...

Gómez anduvo siempre, desde chico, mezclado en asuntos de muertos. De su paso por la escuela primaria, en la que cursó, muy accidentalmente, hasta segundo grado, se recuerda su fatal augurio al maestro ante una reprimenda seria:

—¡Usted muere antes de tres días!

Y, en efecto, al tercer día, un tranvía pisó al maestro.

Desde entonces se le conoce por Lechuza, como hoy llaman Mochuelo a su secretario. Porque Lechuza tiene — como un funcionario de campanilla, y sin duda con mayor motivo — un secretario.

MOCHVELO

Nadie, en su gremio, le discute su habilidad, su tacto, su maestría. Es el veterano, el probado, el que no da golpe en vano: es Lechuza. Tiene amigos en todas partes, pero muy especialmente en sanatorios, hospitales, hospicios. Sus colaboradores son los llamados "cabos de sala" y, en muchos casos, los administradores, que saben, por experiencia, que Lechuza no es hombre desagradecido... Puede decirse, sin hacer ironía, que en esos establecimientos Lechuza es más conocido que el médico director y que los médicos internos, cuya labor, no pocas veces, limítase a certificar la defunción...

Tiene un arma de lucha: el teléfono; un asistente solícito y "de línea": Mochuelo, y su cuartel general en la empresa que cuenta con sus servicios.

—¡Hola!... ¿Lechuza?...

—Sí. ¿Qué?...

—Habla González, de la 3 (sala del hospital, hospicio, etcétera).

—¿De qué se trata, amigo González?

—El de la cama 13 "no llega" a la tarde.

—¿Conviene?

—Sí, Lechuza; hay plata... ¡Cómo no! Es capitalista de "quinielas y "redoblonero"... Vive en Paz 300...

Lechuza, sobre el tambor, destaca a Mochuelo, y, si la magnitud del negocio "ad-portas" lo exige, él mismo lo atiende.

En muchos casos, Lechuza recibe avisos de vigilantes amigos, que anúncianle "casos graves" bajo su "jurisdicción" y lo informan sobre las posibilidades económicas de la familia.

—Pobrerío, no... —era la voz de orden de Lechuza.

Está, también, en comunicación directa y constante con los comisionistas y corredores de hoteles y sanatorios, que viajan en busca de clientes, o los "convencen" a su llegada a las grandes estaciones. No pierden de vista al pasajero enfermo y, previa una minuciosa y segura investigación sobre el "candidato", ponen en antecedentes a Lechuza "para lo que hubiere lugar"...

Asegúrase, asimismo, que Lechuza cuenta con la colaboración de "literatos" — como él dice, un poco despectivamente — más o menos desocupados, a los fines de preparar discursos necrológicos y sueltos laudatorios que suelen publicarse en los periódicos del barrio a que pertenece el difunto, y cuya extensión se ajusta a una tarifa especial. No podemos determinar la veracidad de la versión, pero debe tratarse, en realidad, de una actividad relacionada con el negocio a que se dedica Lechuza, al igual que otras no menos macabras y lucrativas, que no es difícil estén bajo su avisada e inteligente dirección.

ESTE es, a grandes rasgos, Lechuza. De su dedicación a los negocios y de su personalidad moral da ligera idea el siguiente episodio:

La madre de Lechuza, una pobre viejecita que vivía de su trabajo, enfermó gravemente. Por entonces Lechuza "atendía" el caso de un millonario cuya muerte era inminente, y cuyo sepelio disputábanse las empresas más fuertes.

Era, en verdad, una cuestión de honor profesional para Lechuza. No debía, no podía perder la oportunidad.

Ese día, por la mañana, se agravó la madre de Lechuza, y, pocas horas después, un vecino le trajo la noticia de su fallecimiento, en el instante mismo en que Lechuza, con éxito, combinaba el negocio con los deudos del millonario, tan interesados como él en el sepelio.

—Su madre acaba de morir, señor...—avisó el vecino.

—No importa — respondió Lechuza. — Estoy ocupado.



El juego en la Argentina es ahora una verdadera plaga social

CUANDO el partido gobernante llegó al poder, iba animado de sinceros propósitos de moral política y administrativa. No terciaremos en la interesada discusión política de cómo él cumplió esos propósitos. Pero vamos a indicar la condición indispensable para que cualquier gobierno pueda cumplirlos.

Del cuero salen las correas, dice un refrán criollo. El medio social es el cuero de donde salen los caudillos políticos y los mandatarios, los funcionarios que estos últimos nombran, los postulantes que los asedian, los elementos de comité, y en fin, los mismos electores... y las oposiciones. Según sea el cuero, así serán las correas. Según sea la moral del medio social, así será la moral política y administrativa.

Si la moral del medio social es deficiente, los mandatarios más honestos y mejor intencionados irán equivocados al poder. No podrán hacer política sana, porque serán contrarrestados por sus compañeros y colegas hipócritas. No podrán hacer administración sana, porque conspirará contra ellos la corrupción de los funcionarios. Querrán moralizar, y la corrupción los acechará desde todos los rincones. Y las oposiciones los combatirán con armas desleales.

Los partidos y los gobiernos que quieran moralizar la política y la administración, no lograrán nunca sus propósitos si dejan que el medio social se corrompa. Si lo permiten, o son inconscientes o son farsantes.

El actual partido gobernante está conspirando contra sus propios propósitos de moral política y administrativa. Los está haciendo irrealizables. Aquí un gobierno legaliza el juego de quinielas. Allá otro oficializa la ruleta. Y donde no legalizan ni oficializan el juego, la policía lo tolera, o hace como en la Capital Federal, donde lo persigue constantemente, pero poniendo el mayor cuidado en que la persecución sea innocua. Diríase que persigue a una mitad, para evitarle la competencia a la otra.

Por lo que toca a la Capital Federal, si las cosas siguen como hasta ahora, nadie sabe adonde iremos a parar. La policía transa con los elementos de la peor estofa que hacen presa en la juventud de ambos sexos para arruinarla física y moralmente. La policía hace campañas, dice que persigue a los vendedores de alcaloides, a los tahures, a los tenebrosos. Pero, ¿cuántos son los vendedores de alcaloides que caen en manos de la policía, no diremos ya por mes, porque se pasan meses sin que caiga ninguno, sino por año? La policía dice que persigue a los quinieleros, a los redobloneros, a los garitos. Pero cuando no se juega más, se juega lo mismo que antes.

La policía siempre tiene alguna bella disculpa. Nos dice que la ley no le ayuda. Pero si la ley le ayuda poco, ella ayuda menos a la ley. Es verdad que hay los garitos con personería jurídica, que si ella los cierra hoy, se vuelven a abrir mañana bajo otra pantalla. Pero las casas de quinielas y redoblonas que la policía respeta invariablemente carecen de personería jurídica.

Hay algo en que se ve patentemente que la policía transa con la infamia. ¿Cuál es la ley que ampara las casas de placer establecidas en contravención con las ordenanzas municipales, y cuyo número, ubicación y propietarios conoce la policía? Si ella transa con esto, si todo el mundo sabe que transa, si le es imposible negar que lo hace, ¿vamos a creer en su inocencia respecto a vendedores de alcaloides, redobloneros, quinieleros, tahures y toda esa gente?

Un caballero que está muy al corriente de estas cosas nos hacía, poco ha, la siguiente observación:

Hay centros de diversión preferidos de la gente alegre y frecuentados por mujeres de vida licenciosa y vendedores de alcaloides, donde convendría que existiese vigilancia policial. En efecto, existe, o mejor dicho, no existe. Todo el mundo conoce al funcionario encargado de la vigilancia, sobre todo los más interesados en ocultarle sus maniobras. Por lo demás, el funcionario sólo se ocupa en divertirse a la par de los otros. A veces concurren con mujeres que se ganan la vida vergonzosamente, y que sin embargo mantienen relaciones íntimas con ellos.

En cuanto la moralidad del medio social dependa de la acción del poder público, imposible mantener o elevar su nivel sin el concurso sincero y activo de la policía. Si ésta, no sólo permite la corrupción del medio social, sino que se corrompe ella misma, estamos cada vez más lejos de los ideales de regeneración política y administrativa. Porque, repetimos, es del cuero que salen las correas.



—Madruga usted mucho todos los días, don Sempronio...
—¡Oh, sí, porque al que madruga, Dios le ayuda..
—¿Y qué tal de su reumatismo?...
—¡Ah, cada día peor!...

Un montón de rarezas que conviene conocer

El más raro de todos los animales del orbe es el ornitorrinco. Pertenece a la fauna australiana. Este mamífero extraordinario, desprovisto de mamas, ovíparo y que ostenta un pico como las aves, es tan extraño y fabuloso que parece un resto olvidado de antiguas creaciones. Parece existir aún con el solo propósito de enseñarnos el eslabón que une a los mamíferos con los demás vertebrados.

El beso es desconocido entre los indígenas de la Costa de Oro. Su fórmula de salutación es muy original. Después de una grave reverencia se quitan su vestido exterior de las espaldas y lo ponen bajo el brazo.

Un bonito "record" de "football" ha sido ganado por el equipo "juniors" de la Liga de Grinsby (Inglaterra). Intervino en 23 partidos y los ganó todos, marcando el tanteador doscientos treinta y cuatro "goals" a su favor por siete en contra.

Un sabio sostiene la opinión de que la Tierra es mucho más antigua que el Sol.

Cien kilos de higos de Berbería pueden rendir cerca de 10 litros de alcohol absoluto, de suerte que una hectárea de terreno cultivado especialmente produciría como mínimum 16 hectolitros de alcohol, a los que conviene añadir el aceite contenido en el fruto y el residuo que puede servir de lubricante o grasa. Esta industria podría ser extremadamente remunerada en aquellas partes de nuestro país en que el clima fuera propicio a la higuera de Berbería.

Algunos "grandes almacenes" de Nueva York y Chicago, son tan modernos, que se enorgullecen de vender de todo, incluso ataúdes, y aseguran que un hombre que entra en ellos completamente desnudo y perfectamente hambriento, puede salir con el estómago harto, vestido elegantemente, en un automóvil, con el plano de una casa construída y amueblada por el almacén en su bolsillo, todo ello, naturalmente, con tal que el cliente cuente con el crédito indispensable.

La totalidad de la producción del radio, en el mundo, no ha excedido hasta ahora de ciento sesenta gramos, su mayor parte consagrada al servicio de los hospitales, habiendo sido cedidos tan sólo cinco gramos a los físicos para sus experiencias e investigaciones. La fábrica de Joachinstal no produce más que dos gramos por año. Europa entera no ha suministrado más que cuarenta gramos desde los comienzos de esta industria, en tanto que la Sociedad Americana de Pittsburg, la mayor productora de radio, ha producido ella sola 85 gramos, oscilando su cifra anual entre diez y seis y diez y ocho gramos.

Contrariamente a lo que pudiera creerse, Tokío, la actual capital del Japón, es de origen casi moderno. En el siglo XV no era sino un mal pueblo de pescadores: Yedo, que quiere decir "entrada del estuario".

En todo el mundo se usan semanalmente seiscientos millones de alfileres.

Cuando penetran en una colmena ratones u otros animalitos, perecen en seguida bajo el aguijón de las abejas, las cuales cubren los cadáveres con propolio, especie de betún, con el cual empastan la vivienda antes de trabajar. Cierta vez que entró un caracol y las abejas no pudieron hincarle el aguijón en la dura caparazón se ingeniaron para taparle con cera el orificio de entrada y con el mismo material sujetaron fuertemente al intruso a una de las paredes de la colmena. El caracol pereció de hambre en su propia casita.

La campana del reloj de una estación de telegrafía sin hilos de Burdeos, puede oírse claramente en Nueva Zelandia, en donde la hora es sincronizada diariamente por el observatorio de Greenwich, "vía" Francia.

En Inglaterra hay un teléfono por cada 47 habitantes y en América uno para cada ocho.

El café de Yungas es famoso en el mundo entero. Procede del valle de su nombre, al pie de los nevados andinos, a 28 leguas de la ciudad de La Paz. Las Yungas era el destierro que los incas daban a los serranos, para los cuales el clima abrasador y malsano de estos valles era una muerte lenta. El código penal incásico castigaba además con el confinamiento en este punto al que, provocando a otro, lo mataba en la pendencia.

Un asilo de huérfanos construyó en memoria del célebre cantante Caruso un gigantesco cirio que ha sido colocado en la iglesia de Nuestra Señora de Pompeya en Nápoles. Tiene cinco metros y medio de alto y pesa una tonelada. Está destinado a arder solamente durante veinticuatro horas al año, el día de difuntos, y de esta forma se calcula que durará mil ochocientos años. Si se la dejase arder continuamente, alumbraría durante catorce años.

El Japón envió a la exposición de Viena en 1874 un barco cargado de lacas antiguas y modernos. Desgraciadamente, este barco naufragó cerca de Yokohama y permaneció sumergido más de un año en el fondo del mar. Cuando fueron extraídos los objetos que contenía aquella embarcación, advirtióse que las lacas antiguas no se habían deteriorado, en tanto los productos modernos se hallaban destruídos completamente.

El buho fué el emblema de la sabiduría entre los antiguos. Pudiera serlo también del amor paternal, pues no hay ave que manifieste mayor cariño a su cría, a la cual no abandona ni en la más crítica y peligrosa de las circunstancias.

Quizá entre las más raras formas de civilidad se anota ésta. Cuando un basuto saluda a un jefe, se dirige a él dándole el tratamiento de "bestia salvaje", lo que, por muy salvaje que nos parezca, es pura música en los oídos del bienvenido, puesto que es un tributo de reconocimiento a su coraje, valentía y ferocidad. A cada cual lo suyo.

Hay una especie de kanguros que viven siempre sobre los árboles. Recorren distancias enormes saltando de rama en rama y jamás yerran el salto. Su larga cola no es prehensil, pero se sirven de ella como de un balancín para guardar el equilibrio. Estos animales se alimentan exclusivamente de hojas y brotes jóvenes. Son fáciles de acostumbrar al cautiverio por lo cual abundan en los jardines zoológicos de Europa.

Miss Fairman, la artista humanitaria y santa, pintora oficial de los perros favoritos de la corte de Inglatera, murió el año pasado, casi a los noventa años de edad. Durante la guerra cada vez que había un raid aéreo, salía de su casa y corría al lugar del siniestro con objeto de rescatar, aliviar o curar a los perros y gatos heridos. Consagró su vida entera a los animales, y aunque ganaba considerablemente con sus cuadros, nunca tuvo un centavo. Todo lo daba con fines de protección para los irracionales.

Alaska es un país de abundantes minas de oro y otros preciosos metales para el comercio; comarca de maravillosos animales marinos. América compró ese país, con sus focas y todo, en el año 1867, pagando a Rusia por él, un millón quinientas mil libras esterlinas. En los cuarenta años subsiguientes, América recobraba por dos veces la suma desembolsada, solamente con los impuestos pagados por los cazadores o pescadores de focas.

Un sabio americano ha tenido la ocurrencia de introducir un gusano en una ranura en forma de T. En la parte recta había sido instalada una corriente eléctrica. Al cabo de 90 descargas, el pobre animalito comienza a dudar. Pero, al llegar al número ciento, su educación está hecha: resueltamente, tomaba la izquierda y no se equivocaba jamás. ¡Sin embargo, un gusano carece de cerebro! Parece probado, no obstante, que es en los centros nerviosos de su vientre donde hay que suponerle la memoria.

SI LA RADIOTELEFONÍA SE HUBIERA INVENTADO ANTES...


Diógenes habría instalado su receptor en su soberbia mansión...



Julio César hubiera transmitido el conocido mensaje...


Los soberanos de Tebas habrían sido admiradores de la radio...


El gran concierto de violín de Nerón se habría transmitido desde Roma a todas las estaciones del mundo...



En cuanto al rey que jamás volvió a reír...


...¡qué cambio radical se hubiera operado en él!

La luz misteriosa

POR W. B. COOKE

(Continuación de la pág. 5)

nuestra apuesta. Yo le aposté mil libras a que usted iba a ser el primero en morir. Usted aceptó, y aquí he venido a reclamar el dinero de la apuesta. En cuanto a ella, está aquí para presenciar la broma.

— Escuche — le dije, — esa mujer me aseguró...

— ¿Cómo? — me interrumpió, — ¿usted le ha hablado?

— Sí, o mejor dicho, ella me habló a mí, y me dijo que usted era un loco y un asesino.

— La loca es ella. Todas las noches enciende una luz junto a la ventana de su cuarto, porque cree que su segundo esposo, mi respetado padrastro, viene volando por el espacio para mirarla. Eso es una locura. Así, que no me extrañaría que por herencia y por haber recibido un balazo en la cabeza, estuviera yo un poco trastornado. En cuanto a eso de asesino, tiene también su parte de razón. Yo maté antes de la guerra a un hombre, a mi padrastro. Mi madre me vió cometer el crimen y nunca dijo una palabra de ello hasta esta noche. Nosotros tres conocemos ese secreto, pero ése es un detalle que no vale la pena mencionar. Ahora tratemos de nuestro asunto, de la apuesta que hicimos en el frente, ¿recuerda?

En efecto, un día, en la guerra, cuando las bombas alemanas sembraban la muerte a nuestro alrededor, aquel loco me había hecho la diabólica apuesta y yo la había aceptado, y no había vuelto a acordarme de ella hasta que recibí la carta. Me quedé pensando por un instante, luego observé, sonriendo:

— Sí, me acuerdo bien. Pero como los dos estamos vivos, ninguno ha ganado la apuesta.

— Muy bien — afirmó con presteza, — pero eso se arregla pronto.

— ¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

— Que voy a matar a usted después de que haya obtenido el dinero.

— ¿Sabe usted que tiene mucha gracia? ¿De modo, que quiere recibir el dinero antes de ganar la apuesta? ¿No le parece que eso no es correcto?

— Sin embargo, no veo otra salida. Usted debe morir primero, porque de lo contrario no se gana la apuesta. Así que fírmeme un cheque.

— Un momento; he perdido dos documentos que estaban ahí en esa mesa y deseo encontrarlos.

— ¿Dos documentos? — dijo Starkhill. Luego buscó en sus bolsillos, y sacando las cartas perdidas, me las dió.

— ¿Es ésta su firma? — le preguntó, señalando la impresión del pulgar.

— Sí — respondió con pueril orgullo.

— ¿Y por qué me mandó dos cartas?

— Ése es mi plan — contestó sonriendo. Y añadió con aspereza. — El cheque, compañero, el cheque, pronto.

Esta vez no dije nada; me senté a mi escritorio, extendí el cheque, lo crucé, y se lo di sin decir palabra. El hombre me lo arrebató, lo leyó ansiosamente, y sin preguntar por qué lo había cruzado, se lo guardó en el bolsillo, diciendo:

— Gracias, ahora ganaré la apuesta. Oiga, compañero: usted tiene derecho a la elección de armas. ¿Con qué quiere que lo mate, con el puñal o con la pistola?

Dicho lo cual, sacó las dos armas del bolsillo y me las mostró. Les eché una mirada fortuita, y después fijé la vista en mi adversario. Que Starkhill pensaba matarme, no cabía la menor duda, y de que estaba loco, tampoco. Pero, cosa extraña, consideré su locura mi única esperanza de salvación. Si elegía la pistola era elegir la muerte; por tanto resolví escoger el puñal.

— Está bien; yo también lo prefiero — me dijo. — De manera que cuando esté listo empezaremos.

Estaba mirándome con el arma levantada.

— ¡Aguarde! — exclamé. — No estoy listo todavía. ¿No le parece que deberíamos tener un testigo?

— ¡Un testigo! ¿Para qué?

— ¡Oh!, para que pruebe que usted ha ganado la apuesta — contesté.

Su cerebro hueco aprobó en el acto esta absurda indicación. Sonriendo, repuso:

— Sí, sí, es cierto; pero ¿a quién tomaremos por testigo?

— A su madre, ¿no le parece? — declaré. Y mirando hacia la ventana vi que la mujer había desaparecido.

— Buena idea.

— Entonces iré a buscarla.

Y diciendo eso di un paso en dirección a la puerta, pero al instante, una luz brilló en los ojos de Starkhill.

— No, quédese aquí — ordenó. — Yo la llamaré.

Y se volvió, para encaminarse a la ventana, mas en ese punto se oyeron unos fuertes pasos. Mi adversario se detuvo.

— ¿Qué es eso? — preguntó con desconfianza.

Acto seguido, Fleck entraba jadeante en la pieza. Al verlo, el loco soltó una carcajada, gritando:

— Usted por aquí, ¿eh?

— Ya lo ve — replicó el "chauffeur".

— Ha llegado a tiempo.

— ¿A tiempo para qué?

— Para ver cómo mato a Carvell. Necesitamos un testigo. Ya tengo el dinero y voy a ganar la apuesta.

Fleck me miró y vi que se hacía cargo de mi situación.

— ¡Ah!, muy bien, señor — observó; — pero antes quiero estrecharle la mano.

Y se acercó a Starkhill. Pero éste, astuto hasta el final, le extendió la mano izquierda.

— Disculpe que le dé esta mano; la derecha la tengo ocupada — murmuró.

— No importa — declaró Fleck, dando a su vez al loco la mano izquierda.

Luego, con la rapidez de un relámpago alargó la mano derecha, y agarrando la muñeca de Starkhill se la torció, obligándolo a soltar el arma. El loco lanzó un grito salvaje y ambos hombres se trabaron en lucha. Había llegado mi momento para obrar: de un salto agarré el atizador y lo descargué sobre la cabeza de Juan Starkhill, quien, soltando a Fleck, se tambaleó y cayó. Un grito agudo, terrible, partió del jardín.

— ¿Qué es eso? — preguntó asustado mi "chauffeur".

— Traiga una cuerda — murmuré sin prestar atención a su pregunta.

Obedeció, y atamos las manos y los pies de Starkhill y le colocamos debajo de la cabeza un almohadón. Hecho lo cual, llamé por teléfono a la policía y volví adonde estaba Fleck.

— Ahora, dígame, ¿dónde diablos ha estado? — interrogué.

Por toda repuesta, sacó un papel del bolsillo y me lo alargó.

Lo desplegué y leí lo siguiente:

"Venga esta noche a la granja de Masholton, a eso de las once y cuarto. No diga nada a nadie. Juan Starkhill."

— ¿Conque usted lo conoce?

— Sí, señor. Fuí su sirviente en otro tiempo. Pero ¿qué diablos lo ha traído aquí?

En breves palabras, le conté lo sucedido, y al final le pregunté por qué había estado ausente tanto tiempo.

— Se lo explicaré, señor — contestó el hombre. — Cuando vi que Starkhill no estaba en la casa, resolví aguardarlo. Esperé media hora y después dije a la sirvienta que fuera a ver si su ama sabía algo de la cosa. Cuando la muchacha me dijo que Mrs. Glint no estaba, empecé a sospechar algo malo y vine corriendo. Supongo que usted no me despedirá por lo que he hecho esta noche.

— Nada de eso — contesté. Y sentándome a mi escritorio rompí el cheque de Starkhill, que había sacado de su bolsillo, y extendí otro por la misma suma a nombre de Stanley Fleck. Entregué el cheque al "chauffeur", quien, al leer, me miró asombrado y balbuceó:

— ¿Mil libras? ¿Qué significa esto?

— ¡Oh!, nada. Usted me salvó la vida; eso es todo.

Le alargué la mano, y él la estrechó fuertemente.

. . . .

A la mañana siguiente Juan Starkhill fué conducido al manicomio de donde se había escapado una semana antes. A veces voy a verlo, pero él me llama siempre Fleck.

En cuanto a su madre, la hallaron vagando por los campos. La desdichada Mrs. Glint compartió la triste suerte de su hijo. Y así su misteriosa luz, tan familiar en un tiempo, no brilla ya por entre los árboles lejanos.

La página amena

COLMO

—¿Cuál es el colmo de un sembrador?

—Sembrar el terror y la muerte en los campos de batalla.

EN LA PORTERÍA DEL HOMBRE RICO

—Es inútil que usted se empeñe; el señor no recibe.

—No; si para el asunto a que yo vengo, lo que hace falta es que dé.

LUCHA DE CLASES

—¿Quién te hizo ese moretón en el ojo, hijo mío?

—Papá, esto fué debido a la lucha de clases. Los del año cuarto anduvimos a puñetazos con los del quinto.

AMOR DESINTERESADO

—¿Me amaría usted, señorita, si supiera que sólo tenía un traje que ponerme?

—¡Claro que sí! Pero con la condición de que hubiera usted sacrificado los demás con el propósito de comprarme una capa de pieles.

HIGIENE PERSONAL

—Vamos a ver, Juanito—pregunta el maestro:—¿por qué no te peinas?

—Porque no tengo peine, señor maestro.

—¿Y por qué no le dices a tu padre que te compre uno?

—Porque entonces tendría que peinarme.

EL HOMBRE INCORRUPTIBLE

Un empleado de una casa importante recibe el encargo de ir a una fábrica a la que hace un gran pedido.

El fabricante queda contentísimo, y le dice:

—¡Caramba! No hay que negar que me ha traído usted un buen cliente. Voy a darle una pequeña comisión.

—Perdone usted; pero no puedo aceptarla; trabajo para mi patrón, no para mí.

—Entonces va a permitirme que le regale una caja de habanos.

Y le mostró una caja que tendría un valor aproximado de cincuenta pesos.

—Lo lamento mucho; pero nos está prohibido aceptar regalos.

El fabricante, a quien empezó a gustar mucho aquel dependiente que demostraba tanta delicadeza y honradez, quiso conciliarlo todo y propuso:

—Hay un medio de arreglar esto. Cómpreme la caja. Deme diez centavos por ella.

—¡Ah!, eso ya es otra cosa. A ese precio, mándeme cien cajas. Ahí tiene los diez pesos.

ENTERNECEDOR

—No es nada, tranquilícese. Lo que tiene su señora no es más que una simple parálisis de la lengua.

—Dígame, doctor: ¿habrá esperanza de que no cure en algún tiempo?

EL ADMIRABLE TIEMPO ANTIGUO

El cicerone, siempre más entusiasta que el turista, exclama:

—Mire, señor, este castillo medio en ruinas. Es antiquísimo: cuenta, por lo menos, ochocientos años. ¡Ya no se hacen castillos tan antiguos!

DEFINICIÓN

"¡Cuidado!", es el grito que dan los conductores de automóviles cuando acaban de atropellar a alguien.



MUCHO PEDIR

—Caballero: haga el favor de retirarse.

—Señorita, usted me pide mucho. ¡Sólo soy teniente y no estoy en situación de retiro!

EN LA ESCUELA

—¿De dónde se saca el azúcar?—pregunta el maestro.

—No lo sé—responde vivamente el pibe,—porque mi madre lo esconde y yo no lo encuentro.

ENTRE SIRVIENTAS

—Ayer entraron ladrones en casa de mis patrones y se llevaron dos consolas.

—Se habrán quedado desconsolados.

LO MÁS MODERNO

—Papá, un señor que está en la puerta pide hablar con el dueño de la casa.

—Recíbelo tú, esposa mía.

—No; que lo reciba la criada, que es quien manda aquí.

ENTRE CABALLERIZOS

—¿Qué haría yo para estar tan gordo?

—Muy sencillo: comer y dormir poco. Tendrás bastante con un *bocado* y una *cabezada.*

COSAS DE CHICOS

—¡Mamá! ¡Qué hermoso sería este calor de hoy en un día de mucho frío!...



TODO ES SEGÚN EL COLOR...

—Esto era de esperar. ¡Ponerse a boxear, tan viejo...!

—¿Yo viejo...? Pero, hombre, ¿no ve que ahora estoy echando los dientes?

DIFERENCIA

La obra de Wágner, cuando se estrenó en París, hizo que se formaran dos bandos apasionados: uno de wagnerianos entusiastas y otro de antiwagnerianos burlones.

Uno de los primeros exclamaba, dirigiéndose a un adversario:

—¡Qué desfachatez tan insolente! ¡Usted se ha permitido llamar loco a ese músico!

—Pero más insolente es su desfachatez—replicó el otro.—No olvide que usted se ha permitido llamar músico a ese loco.

La opinión de nuestras lectoras

LA ELECCIÓN DEL FUTURO ESPOSO. ¿QUÉ CONDICIONES DEBE REUNIR?

Yo siempre he pedido a Dios que el hombre que me diese por esposo fuera bueno, honrado y trabajador; que no tuviese vicios ni otras preocupaciones que las de la felicidad conyugal. Y Dios me ha oído. Me ha dado el esposo más tierno que jamás pude soñar: un hombre que no omite sacrificios por verme contenta, y el que, por consiguiente, es acreedor a toda mi ternura. — ESPOSA ENAMORADA Y FELIZ *(Comodoro Rivadavia)*.

*** Acaso soy una cabecita loca para pensar; pero teniendo sólo diez y nueve años y un rostro agraciado (no es vanidad, que ésta es la opinión de cuantos me tratan o me ven), no es posible pensar de otra manera. Y verá usted cómo pienso, dejando de lado todos esos problemas secundarios de los vicios o las virtudes del elegido. Yo aspiro a enamorarme (y a ser correspondida, se entiende) de un joven rubio como el oro, y bello como un Adonis. Quiero echar por tierra ese horrible argumento de que las mujeres más bonitas se enamoran de los hombres más feos, o lo que es lo mismo, que las mujeres más feas conquistan los hombres más bellos. Aspiro a ofrecer al mundo una pareja ideal y perfecta; la pareja formada por mi elegido y yo.—NARCISA DE LA FUENTE *(Zárate)*.

*** Hasta hoy, jamás se me había ocurrido pensar en las cualidades que debe reunir el hombre al que entregaré un día mi casto corazón. Pero la lectura de esta página ha despertado en mí ese dormido sentimiento. ¿Por qué no pensar en el hombre que me conviene, si ya voy a cumplir diez y seis años?... Y pensando, pensando, he dado en creer que el hombre que me conviene debe ser alto (yo soy alta), de ojos azules (yo también los tengo azules); en fin, que debe ser en todo como yo. Y como a pesar de ser el mundo tan chiquito hay en él tantos hombres, ¿sería cosa del otro mundo que un día lo encontrara? — CANDELARIA O. *(Timote, Pampa Central)*.

*** El hombre que yo prefiero no existe sobre la tierra. Lo prefiero tan perfecto que no me he puesto a buscarlo porque estoy segura que sería tiempo perdido. — CLARA MORA *(Capital Federal)*.

*** En mi opinión, el hombre ideal para esposo debe ser rubio. Tengo entendido que los rubios poseen un carácter más dulce y un corazón más generoso que los morochos. — RUBIA PLATENSE.

*** Yo prefiero para esposo un hombre emprendedor más bien que trabajador. Un hombre emprendedor es capaz de llegar a las más grandes especulaciones, mientras que el hombre trabajador vive resignado al mísero jornal o sueldo de toda la vida.—ELEONORA LA PRECAVIDA *(Capital Federal)*.

*** Caso de fijar un día mis ojos en un hombre, procuraré que éste no sea ni rubio, ni alto. No me gustan estos hombres. — IRMA F. *(La Paternal)*.

*** Mi ideal lo constituye un hombre que sea modelo de honradez, laboriosidad y caballerosidad. — ARGENTINITA *(Azul)*.

*** Mi papá es un hombre ejemplar; buen esposo y buen padre. ¿Me deparará la suerte un hombre así? — AÍDA S. *(Buenos Aires)*.

*** La vida es de por sí dura y amarga. Para endulzarla no creo nada mejor que el cariño de un esposo ejemplar. — PETRITA N. *(Montevideo)*.

¿QUÉ DEPORTE DEBE PRACTICAR CON PREFERENCIA LA MUJER?

Yo hago lo que los atletas ingleses y norteamericanos llaman "footing", que no es otra cosa que largas caminatas. Vivo en el barrio norte, y suelo recorrer, en compañía de una amiguita, hasta siete kilómetros por día, pues solemos llegar, en nuestras caminatas, hasta más allá del monumento de los españoles. Desde que practico este ejercicio (hace dos años), he conseguido quedar en mi peso normal, y me siento más sana, más ágil y más fuerte que nunca. Recomiendo la marcha como el mejor ejercicio para la mujer. — BEBA *(Buenos Aires)*.

*** Admiro a las señoritas Gutbrod y Hárrison, porque son una bella prueba de lo que podemos ser las mujeres argentinas, si nos dedicásemos un poco más a los deportes. Creo que la natación es excelente para la mujer. — DEPORTISTA ELEGANTE *(Paraná)*.

*** No hay que elegir, pues ningún deporte puede compararse al "tennis". — CARLOTA S. *(Alta Gracia)*.

*** Si el practicar el "footing" (que consiste en efectuar largas caminatas), es uno de los ejercicios más saludables, yo creo que también lo es el juego de la "mancha", a que nos dedicamos con preferencia varias amiguitas de la cuadra. ELENA V. S. P., *de 11 años de edad*.

*** Mi deporte favorito es pasearme en bicicleta por la avenida Alvear. — MARTINA GOLDBERG *(Palermo)*.

*** Yo creo que no existe otro deporte más encantador que el del remo. ¿No le parece al señor Director que es delicioso eso de pasearse en un bote por los lagos, remando en compañía de un joven simpático y galante? — MARIANINA II *(Tigre, F. C. C. A.)*.

*** El "tennis", para mí, es un deporte práctico e higiénico, y es el único que les tolero a mis hijas. — ANA N. DE M. *(Buenos Aires)*.

*** ¿Mi deporte? La natación. ¡Quién me diera poder lucirme un día, proclamada campeona por todos mis compatriotas!—ESTER GONZÁLEZ *(Martínez)*.

*** Nuestro deporte predilecto (somos cuatro amiguitas de 18 a 21 años) es el "footing", que practicamos todos los días, de 6 a 7, en la calle Florida, de Tucumán a la Avenida, y viceversa. — TOMASITA, LA DEL LUNAR *(Casilla de Correo. Capital Federal.)*

*** Si de mí dependiera, yo propondría que en la República Argentina se estimulase el "basket-ball" (la pelota al cesto) que es un deporte atrayente, por el cual siento verdadera pasión. — JUGADORA DE "BASKET-BALL" *(Capital)*.

*** Desde mi más tierna infancia me he ejercitado en el patinaje, y he llegado a ser una de las mejores y más populares patinadoras. Por eso recomiendo el patinaje como uno de los deportes más sanos y más emotivos. — AZUCENA LÓPEZ *(V. Ballester)*.

¿CUÁL ES EL MEJOR OFICIO O PROFESIÓN PARA LA MUJER?

Después del ejemplo que tenemos en Europa y Estados Unidos, donde las mujeres hacen de todo, hasta de "chauffeurs", no se puede señalar ni oficio, ni profesión especiales para las mujeres. Al paso que van las cosas, nosotras nos encontramos con suficiente valor para ocupar cualquier puesto y aprender cualquier oficio. — AMANDA J. *(Paysandú)*.

*** Yo desearía ser escritora. Vivir de la pluma es mi ideal. — AMBICIOSA *(Capital)*.

*** No sé si el señor Director considera oficio o profesión lo que a mí me gustaría ser: actriz cinematográfica.— CHOLITA *(Ayacucho)*.

*** Ser una gran modista; viajar a Europa dos veces por año en busca de grandes modelos. Conocer e imponer modas en la alta sociedad.—ZULEMA N. *(Chascomús)*.

*** Una mujer joven siendo buena mecanógrafa, taquígrafa y conociendo uno o dos idiomas además del castellano, resolvería admirablemente sus problemas económicos con un empleo magníficamente pagado. La mujer que necesita trabajar para vivir debe tener esos conocimientos, sin necesidad de oficio o de profesión. — MOROCHA ORGULLOSA *(Capital)*.

*** El ambiente en nuestro país no está preparado como el de Europa, donde la mujer goza de mayores libertades y privilegios. En la Argentina, por el momento, la mejor profesión a que pudiera dedicarse la mujer es el magisterio. Ser maestra de escuela o profesora, para poder enseñar a las nuevas generaciones de mujeres un feminismo práctico que logre las independice del hombre, se llame padre o esposo. — ROSARINA.

*** Acaso no esté muy acertada, pero opino que la mujer no debería dedicarse a ninguna otra labor que las propias de su sexo, cualquiera que fuere su condición social. Lavar platos, pisos y ropas, cocinar, zurcir medias, remendar prendas, y, en fin, ocuparse en todos aquellos quehaceres propios del hogar. — MARÍA LUISA L. *(Capital Federal)*.

*** ¡Las chicas tienen cada ocurrencia! Le he preguntado a Cholita (la menor de mis hijitas, que apenas cuenta cuatro años de edad), qué quisiera ser cuando sea grande, y ella, ¡fíjese usted!, me ha contestado, sencillamente: "¿Que qué quiero ser? Pues: mamá."—HIGINIA S. DE M. *(Paysandú)*.

*** La mujer no debería trabajar nunca hasta que contrajera enlace. Desde ese día, ¿es poco el trabajo que le toca a la mujer, que además de los quehaceres domésticos debe zurcir las medias y lavar la ropa a su marido, y lo que es aun peor, sufrir su mal genio, que todos los casados lo tienen?—MARGARITA LA TORNERA *(Caballito Sur)*.

ES TAL LA IMPORTANCIA QUE DÍA A DÍA ESTÁ ADQUIRIENDO LA MUJER EN TODAS LAS MANIFESTACIONES DE LA VIDA CIUDADANA, QUE SU OPINIÓN DEBERÍA SER BUSCADA POR AQUELLAS PERSONAS QUE QUIEREN SABER CUÁLES SON LAS ASPIRACIONES, LOS IDEALES Y AFANES DE ESE ELEMENTO TAN PREPONDERANTE EN LA MODERNA ORGANIZACIÓN SOCIAL. LA MUJER TIENE DERECHO A OPINAR, NO SÓLO SOBRE ASUNTOS QUE A ELLA CONCIERNEN DIRECTAMENTE, SINO TAMBIÉN SOBRE AQUELLOS QUE INTERESAN A TODA LA COLECTIVIDAD. SABER QUÉ PIENSA, QUÉ AMBICIONA Y QUÉ CONDENA LA MUJER, ES POSEER UNA VISIÓN CLARA Y JUSTA DEL PENSAMIENTO DE UN PAÍS O DE UNA RAZA.

¿QUÉ OPINA USTED DE LA MODA DE CORTARSE EL CABELLO?

La moda de la melenita no durará más de tres o cuatro años: el tiempo suficiente para que les crezca el cabello a las que se apresuraron a dejarse esclavizar por la influencia de ciertas novelas o ciertas cintas cinematográficas.

Para la mujer moderna representa un triunfo la moda del cabello corto, porque demuestra su independencia de muchos prejuicios. — A. M. P. *(Salta)*.

*** Soy madre de tres hijas, y mi anhelo es de que cuando sean grandes no se dejen llevar por ninguna moda frívola. El cabello largo es uno de los más hermosos adornos de la mujer; es inspiración de amor en la juventud y fuente de ternura y de respeto en la ancianidad. ¿Cree el señor Director que quedaría muy bien una abuelita de cabellos blancos, cortados en melena?—UNA MADRE *(Tucumán)*.

*** Por suerte o por desgracia tengo una hija en la que he depositado todo mi cariño de madre y por la cual velo con inquietud, pues temo que el destino puede jugarle la mala partida que juega a otras chicas de su edad. En mi hija la melenita me significaría un insulto. Verla de melenita y creer que tendría que avergonzarme de ella, es todo uno. Sin embargo (y esto para usted solo, mi distinguido Director), ¡cuánto no daría por poder pasearme por Florida luciendo la melenita mejor recortada!...—MADRECITA JOVEN *(Barracas)*.

*** Tengo cuarenta años de experiencia en los negocios, y en todos cuantos he intervenido he sacado provecho, y es que yo, antes de emprender uno nuevo he estudiado bien sus probabilidades de éxito. Actualmente (contra la opinión de cuantos me conocen) me dedico a la compra de cabello, negocio "muerto" por el momento, pero de posibles y grandes ganancias para dentro de poco; para cuando deje de usarse la melenita.—COMPRADORA DE CABELLOS DE TODAS MEDIDAS Y COLORES *(Avellaneda)*.

*** Es indudable que el usar melenita reporta muchos beneficios a la mujer; en primer lugar, el lavado de la cabeza resulta más fácil y más eficaz; en segundo lugar, no exige grandes peinados, lo que a su vez ahorra el gasto que origina la peinadora (porque yo siempre he tenido peinadora); en tercer lugar, ahorra horquillas y peinetas, y finalmente, no ofrece la tentación de que se nos tire del pelo cada vez que nos peleamos con las vecinas. — MELENITA DEL 33 *(Salto Oriental)*.

*** Somos dos hermanas y, ¡contraste singular!, mi hermana es morocha de cabellos negrísimos y yo soy "rubia como las mieses" (que me parece que así dijo una vez un poeta elogiando el cabello de una amiga). Pues bien: antes de que usáramos melena (que ahora la usamos), los jóvenes del barrio nos decían ternezas y elogios, fijando más su atención en mí que en mi hermana, lo que ponía a ella de un humor inaguantable. Hoy que usamos melena, las cosas han cambiado, aquellos mismos jóvenes, tan galantes para conmigo, se muestran más obsequiosos con mi hermana. ¿Será que las melenitas negras de las morochas son más atrayentes?... Si alguien me asegurara que sí, mañana mismo me teñiría el pelo...—RUBIA QUE SUFRE POR SER RUBIA *(Capital Federal)*.

*** Soy la más acérrima enemiga de la melenita y, sin embargo, admiro a las muchachas que la usan. ¿Verdad, señor Director, que soy una extravagante? — ROSITA DEL VALLE *(Ciudad)*.

La Musa Popular

FUGITIVA

Nos miramos y después...
nos volvimos a mirar;
recordando su interés
medroso dime a pensar...
Nos miramos y después,
nos volvimos a mirar...

En el fondo de sus ojos
a un ave vi alzar el vuelo
conduciendo sus antojos
a lo más hondo del cielo...
En el fondo de sus ojos
a un ave vi alzar el vuelo...
Qué vió en los míos no sé,
que ya no volvió a mirar,
y, vacilante, se fué...
como una vela en el mar...
Qué vió en los míos no sé...
que ya no volvió a mirar...

SANTIAGO JOSÉ CHIERICO

EL TRISTE RETORNO

Volví a la casa de la infancia mía;
mas, encontrando todo derruído,
me alejé como un pájaro del nido
donde alegre y feliz cantara un día.

¡Quién me dijera que la encontraría
tan extraña de así como hubo sido,
y que el Tiempo, emisario del Olvido,
para siempre de mí la ocultaría!

Y me sentí tan lejos como triste
de aquella casa, donde ya no existe
lo que fué encanto de la infancia mía,

que, buscando consuelo en el olvido,
me alejé como un pájaro del nido
donde alegre y feliz cantara un día.

JOSÉ C. CORTE.

AQUELLOS OJOS

Yo he visto unos ojos de tal expresión;
Unos ojos negros, de tanta ternura,
Que hablar parecían a mi corazón,
Y llenarme el alma con esa dulzura
Que llena la vida de fe y de ilusión...

Pero es que esos ojos, que vela el rubor,
Tienen tanto fuego y tanta hermosura,
Que mientras los miro no temo al dolor;
Ni siento siquiera en mí la amargura;
¡Y es que en esos ojos he visto el amor!

RAIMUNDO SAN JUAN MIGUEL

MOMENTO

Un reloj, a lo lejos,
suena dos campanadas,
que caen en el abismo de la noche,
que es el abismo de mi propia alma.

Me siento ante la mesa.
La pluma tiembla entre mis dedos; pausa.
Luego la tiro al suelo con despecho.
¡No sé para qué sirven las palabras!

M. ROMERO DELGADO

SERENATA ARRIBEÑA

Mujer que goza negando,
mujer que se hace desear;
me veo morir penando
desde que la quiero amar.

Ojos... ¿para qué tan bellos?
Labios... ¿para qué tan rojos?
¡He de perderme por ellos...
rojos labios, bellos ojos!

Volverme tu rostro quieras
con ese dulce reír,
tú, que con tan poco dieras
la vida al que ha de morir.

Vida... ¿para qué tu suerte?
Alma... ¿para qué tu herida?
¡He de perderme al perderte,
luz del cielo, de mi vida!

EDMUNDO MONTAGNE

LA GUITARRA

No hay en el mundo instrumento
cual la guitarra argentina,
cuya música divina
parece dulce lamento.
Su melancólico acento
produce grato placer,
y hace el alma estremecer
su melodía armoniosa,
como frase cariñosa
dicha por una mujer.

Por eso cuidar procura
su guitarra con amor
el clásico payador
de la pampera llanura;
el de gentil apostura;
el gaucho que con fe ciega
cuando a rasguear se entrega,
repite en sus patrios lares
los poéticos cantares
del inmortal Santos Vega.

D. CRIADO

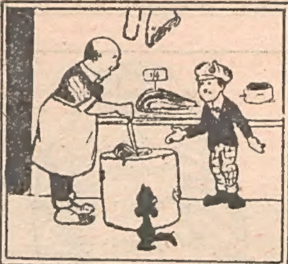
La vida en broma



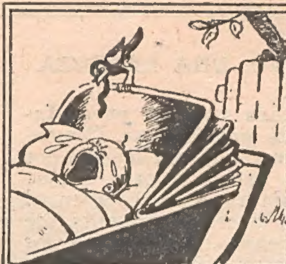
— Hay un solo modo de ganar plata honradamente.
— ¿Cuál es?
— ¡Bien me parecía que usted lo ignoraba!



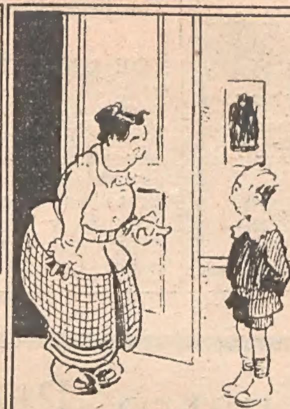
— ¡Cálmate, muchacho!
— ¡Que me calme, eh! ¿Qué haría usted si se le cayeran las mejores bolitas en el resumidero?



Carnicero (al pretendiente en su comercio).— ¿Conoce usted la tabla de pesas y medidas?
— Sí, señor; sé que 400 gramos es medio kilo...



El gorrión.—Si tanta hambre tienes, toma, ¡cómetelo y cállate de una vez!



— Por haber sido malo te acostarás sin cenar.
— ¿Y la medicina que tengo que tomar después de cada comida?



— He oído hablar de un solo muchacho perfecto en el mundo.
— ¿Quién era?
— Papá, cuando chico.



— ¡Juanito, deja jugar a tu hermanito con tus bolitas!
— Es que después, él se las guarda y no me las devuelve.
— No creo que lo haga.
— Sí. ¡Ya se ha tragado dos!



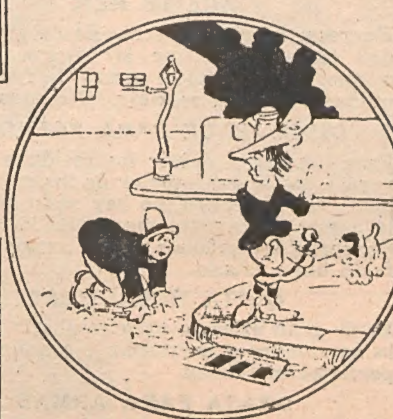
El grande.—¿Pelear contigo? ¡Podría tragarte!
El chico. — ¡Eso es, y, luego, podrías decir que tienes más sesos en el estómago que en la cabeza!



— ¿Cómo te llamas?
— No sé.
— ¿Cómo te llama tu mamá cuando está lista la cena?
— No me llama; yo siempre estoy ahí.



El gordo. — Yo no haría eso
Niño. — ¿Qué no lo haría? ¡Diga mejor que no podría hacerlo!



— Caballero, es inútil que se arrodille ante mí para declararse; ya estoy comprometida.
— ¿Quién piensa declararse? Yo estoy buscando una moneda que se me ha caído.



La conductora del auto.— En cuatro años, es usted el primer hombre que piso.
— Gran cosa; en 57 años que tengo, ésta es la primera vez que me pisan.

El rincón de los niños

DE UN HUEVO, UNA LECHUZA

Con una cáscara vacía se puede fabricar fácilmente una lechuza. Comencemos por vaciar el huevo, haciendo dos agujeritos, uno arriba y otro abajo. Pintamos la cáscara como está en el grabado, y luego hacemos dos alitas de papel, que pegamos, con goma, a los lados. Con un corcho improvisamos la



base del pájaro, y un palito pegado al mismo sirve de travesaño para que la lechuza descanse.

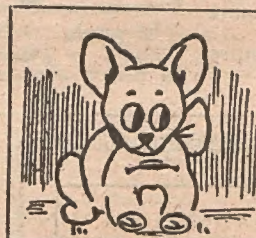
ADIVINANZA



—¿Qué cosa es la que llena de agujeros no deja escapar el agua? — pregunta el gatito.

—Pues..., la esponja — contesta el pato, que la sabía desde hacía tiempo.

PASATIEMPO



¿Quién se anima a buscar el dueño de este pícaro pichicho? No hay más que dar vuelta el grabado y lo encontraréis.

UNA GRACIOSA CARPETITA

Con un cuadradito de papel doblado, como se ve en A, B y C, hacemos cortes con las tijeras, tal como indica el diagrama C. Abriendo el papel, queda el calado que muestra D.



MODO FÁCIL DE HACER UN CABALLITO



Un corcho sirve para hacer un caballito. Las patas son cuatro escarbadientes introducidos en la parte de abajo. Por separado, se recorta sobre cartulina una cabeza dibujada según el grabado, y se introduce en una abertura hecha en la parte delantera. Pintamos en la parte media del corcho la montura, como muestra el dibujo, y con unos pedacitos de lana pegados en el otro extremo improvisamos la cola. Por último, unimos los palillos con unas tiras de cartulina; de este modo puede balancearse el juguete.

Teatros, Cines y Varietés



ESTA BELLA ACTRIZ cuya silueta y aun cuyo rostro nos recuerdan a aquella belleza incomparable llamada la princesa de Caraman-Chimai, no es "otro" que el actor Julián Eilinge, famoso en Europa y Norte América por sus interpretaciones de papeles de mujer



HA PROVOCADO ENORME SENSACIÓN en el teatro Eldorado, de Roma, la actriz Mlle. Juliette Depresée, no sólo por su talento interpretativo, sino por sus cautivantes belleza y juventud



ESCENA DE INTENSA EMOCIÓN es la que presentamos en esta fotografía a nuestros lectores. En ella aparece la actriz nacional Amelia Mirel, en el fotodrama "Criollo Viejo"



EN LA SEÑORITA MARY ISAURA TIENE EL MAESTRO AMADEO VIVES una admirable intérprete de la protagonista de su comedia "Doña Francisquita



COMO LA KARSAVINA, LA PAWLOVA Y RUTH SAINT-DENIS, la bailarina aquí retratada, Vera Elisine, es una eximia intérprete de danzas clásicas y exóticas. Se presentará por primera vez a nuestro público en la temporada de este año del Teatro Colón

PEDRO BIGNOLI LTDA

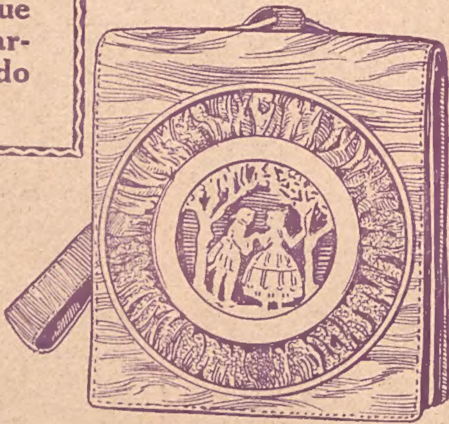
NUESTRA GARANTIA

Devolvemos el importe de la compra y gastos de flete que ocasione la devolución de los artículos que no sean del agrado del cliente.

UNICA CASA ESPECIAL EN OBJETOS UTILES PARA REGALOS



PEDRO BIGNOLI Ltda.
42733 — FINO ESTUCHE CON UN JUEGO DE COSTURA, en plata 800, con relieves, compuesto de 7 piezas, a $ 32.—; de 6 piezas, a $ 19.—; de 4, a $ 9.—; y de 3 piezas, a $ **7.80**
(Primer Piso)



PEDRO BIGNOLI Ltda.
38294 — FINA PETACA de cuero, con aplicación de marfilina calada, surtido en colores (tamaño centímetros 11 por 12), a
$ 18.50
(Planta Baja)



PEDRO BIGNOLI Ltda.
3181 — JUEGO PARA TE Y CAFE de alpaca reforzada "Württemberg", plateado inalterable, lechera y azucarera dorada al interior, con mangos y perillas de ébano, bandeja de centímetros 35 por 53 de largo, las 5 piezas a.... $ **230**
(Primer Piso)



JUEGO DE PARAGUAS Y BASTÓN, puños de marfil, seda especial, armados en malaca o macasar, con estuche, a.............................. $ **95.-**

JUEGO DE PARAGUAS Y BASTÓN, puños curvos de plata, pura seda, maderas varias, Guayacán, etc., con estuche, a.............................. $ **45.-**

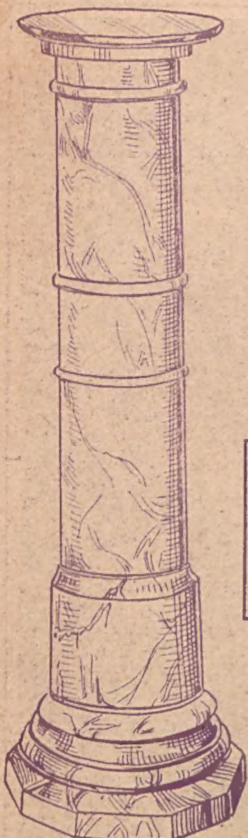
JUEGO DE PARAGUAS Y BASTÓN, puños curvos de electroplata garantida inalterable y seda Gloria, con estuche, a.............................. $ **18.90**
(Planta Baja)

PEDIDOS

La correspondencia debe dirigirse en la siguiente forma:

PEDRO BIGNOLI, Ltda.: Sección Interior
Carlos Pellegrini, 300 - Buenos Aires

Deben venir acompañados de su correspondiente importe, que rogamos sea con preferencia giros postal o bancario, o letras de fácil cobro sobre esta plaza.
Recomendamos sean certificadas las cartas que contengan valores.
Para evitar extravíos, demoras o molestias, rogamos se anote con la mayor claridad: NOMBRE y APELLIDO del interesado, DOMICILIO, LOCALIDAD, PROVINCIA y FERROCARRIL.
Recomendamos especifiquen cómo desean la remisión, si por encomienda postal o ferrocarril, o por carga.



PEDRO BIGNOLI Ltda.
53780 — COLUMNA DE MARMOL de Castellina blanca y jaspeada, de centímetros 18×115 de alto, a $ 63.—; de ctms. 12×105, a $ 39.50, y de ctms 7×90, a
$ 14.-
(Primer Piso)

PERFUMERIA
GRANDES OCASIONES



JUGUETES
EXPOSICIÓN PERMANENTE

PEDRO BIGNOLI Ltda.
ESTUCHE CON DOCE CUCHARITAS, en metal blanco plateado y dorado inalterable, a $ 8.90; de 6 cucharitas a $ 5.—. El mismo, de 12 cucharitas plateadas, a $ 7.50, y de 6 cucharitas, a.............................. $ **4.-**
(Planta Baja)



PEDRO BIGNOLI Ltda.
3629 — JUEGO DE AGUA para mesa de luz, plato y portavaso de metal plateado, botellón y vaso de cristal tallado, a
$ 13.50
(Primer Piso)

Pedro BIGNOLI Ltda

CARLOS PELLEGRINI 300 Esq SARMIENTO 1002

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.